



Bodleian Libraries

UNIVERSITY OF OXFORD

This book is part of the collection held by the Bodleian Libraries and scanned by Google, Inc. for the Google Books Library Project.

For more information see:

<http://www.bodleian.ox.ac.uk/dbooks>

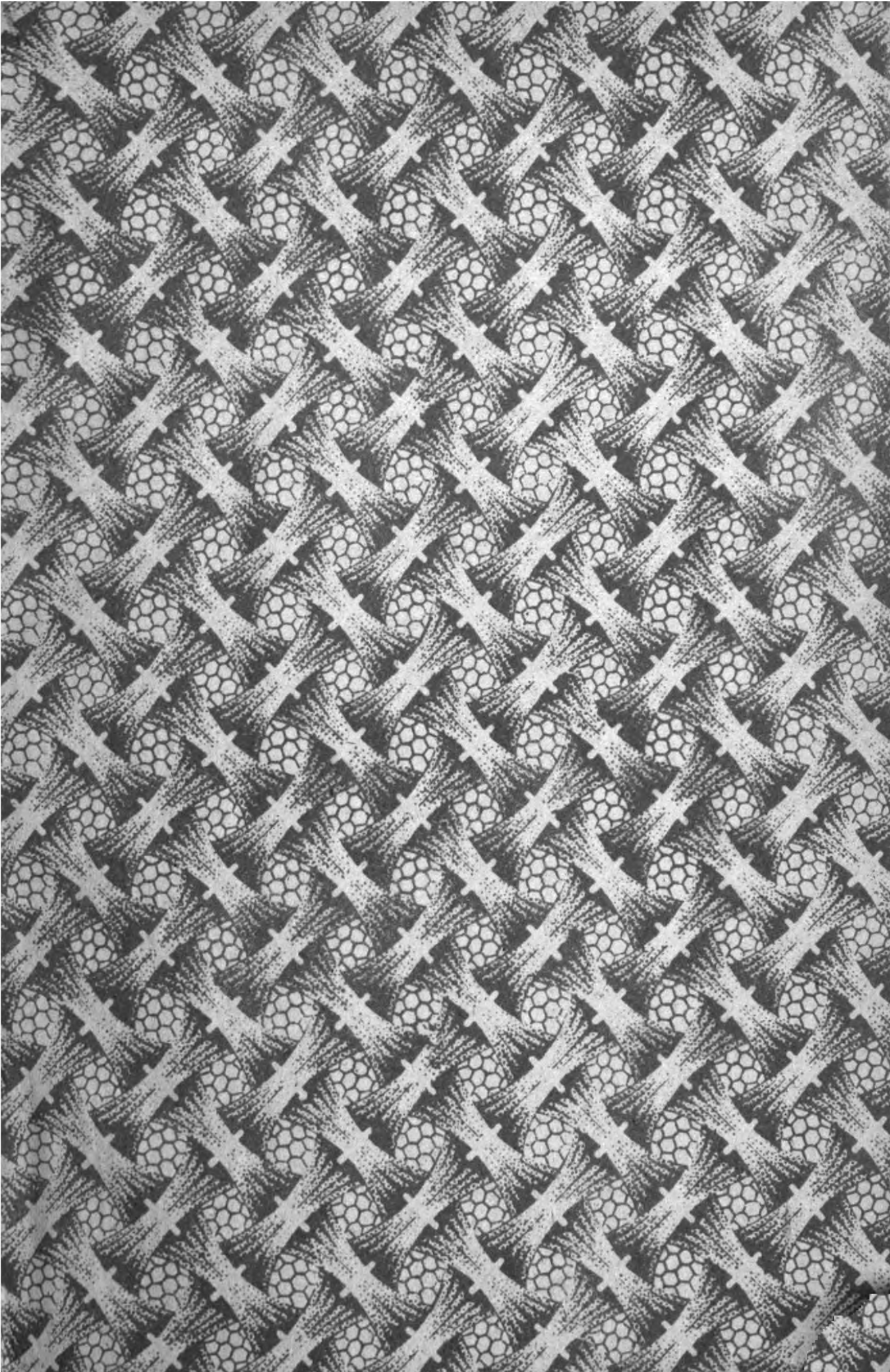


This work is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-ShareAlike 2.0 UK: England & Wales (CC BY-NC-SA 2.0) licence.



Vet. Span. III B. 114







ALFONSO EL BATALLADOR,

DRAMA HISTÓRICO

EN CUATRO ACTOS Y EN VERSO

DE

DON GERÓNIMO BORAO.

ESTRENADO CON APLAUSO EN EL TEATRO PRINCIPAL DE ZARAGOZA

EL 15 DE FEBRERO DE 1868.

*A los Iñes. D. Pascual Tanquas y D. Rosa Aleay
e hijos, dedica esta obra como expresion de su
carino la familia del autor, y en su nom*

*R. Villalere
Borao*

ZARAGOZA:

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE CALISTO ARIÑO.

1868.



Á ZARAGOZA.

Tu nombre, que los estraños pronuncian con admiracion y nosotros con cariño, es quien me ha inspirado casi todas mis obras literarias. Despues de historiar tu *Imprenta*, tu *Universidad*, tu *Lengua* y las *Vidas* de algunos de tus hijos ó bienhechores; despues de cantar glorias tuyas religiosas como tu *Virgen del Pilar* y acontecimientos solemnes como la apertura de tus ferro-carriles, he arriesgado la difícil prueba de la escena, llevando á ella los *Fueros de la Union* que con tanto aplauso fueron premiados en 1864, y recientemente *Alfonso el Batallador*, que, á pesar de haberse dispuesto apresuradamente, todavía mereció bien del público, á quien me complazco de confesarme en esa ocasion agradecido.

Jamás he dedicado á nadie obra mia, no sé si por modestia; pero, siendo este drama tan tuyo por su asunto, he querido rendirte con él por vez primera este género de filial homenaje.

Gerónima Botas.

PERSONAGES.

ACTORES.

URRACA.....	D. ^a TEODORA LAMADRID.
ADELFA.....	D. ^a MATILDE GRANADOS.
ALFONSO EL BATALLADOR....	D. VICTORINO TAMAYO.
ABARCA.....	D. ALFREDO MAZA.
AMADOLA.....	D. JOSÉ BARCELÓ.
ZILA.....	D. SEGISMUNDO CERVI.
FERRARIO.....	D. ENRIQUE MARTINEZ.
CONDE DE ALPERCHE.....	D. MANUEL CALVO.
ALIATAR.....	D. JOAQUIN ESTRADA.
UN CRISTIANO.....	D. ANTONIO ELÍAS.
UN MORO.	

Almogaváres.—Caballeros y soldados moros y cristianos.
Templarios.—Cruzados.—Caballeros del Salvador.—Obispo.
Gente del pueblo.

La escena es en Zaragoza y su campo en Diciembre de 1118.

NOTA. Los versos marcados con * pueden omitirse en la representación.—Las acotaciones son con relacion al actor.

ACTO PRIMERO.

Plaza.—A la derecha la fachada de la capilla de la Virgen del Pilar, cuya imagen se verá alumbrada de una lámpara sobre la puerta; gruesa verja: algunos ex-votos en el muro. En el fondo, hasta perderse por la izquierda, tapia del cementerio.—Calles á ambos lados.

ESCENA PRIMERA.

FERRARIO *y cristianos.*

FERRARIO. Ya lo sabeis: todo el mundo
ha de estar hoy en acecho.
Ojo avizor, mucho oido,
y sobre todo, silencio.
Al barrio de los cristianos
va á venir un caballero,
y á la entrada y la salida
no ha de hallar ningun tropiezo.
No pregunto si es francés,
ó catalan ó tudesco;
mas, pues se fia á nosotros,
y viene del campamento,

preciso es que le acojamos,
y que en salvo le dejemos,
aunque tengamos que hacerle
muralla de nuestros cuerpos.
Sobre todo, lo ha mandado
quien puede. ¡ Cuando él lo ha hecho!
¡ Cuando Abarca día y noche
ha trabajado el primero
en abrir profunda mina
al hilo mismo del Ebro,
y en poner corrientes todas
las que conducen al templo,
preciso es que importe mucho
la vida de ese mancebo!

Con que, oír, ver y callar:
lo demás ya os lo diremos.

CRISTIANO. Cada cual ya tiene el chuzo
para estrenarlo dispuesto:
el mio puede servir
de lanceta de barbero.

Mas ¿no nos dirás, Ferrario,
por quién se arriesga el pellejo?

FERRARIO. Dios me tenga de su mano.
Tentado estoy.... ¡Majadero!
¿Para morir necesitas
ir buscando esos rodeos?

Aquí me tienes, que valgo
más que tú, y ese secreto
aun no he preguntado á Abarca.

CRISTIANO. Mas ¿no sospechas.....

FERRARIO. Sospecho
que el que viene trae la empresa
de estudiar todo el terreno,
y dar al rey D. Alfonso
la traza para que presto
las catapultas se muevan,
y el asalto se dé luego.

CRISTIANO. Muy largo va, ¡mal pecado!
por más que se estrecha, el cerco.

FERRARIO. Ya han tomado los franceses
el arrabal solos ellos:
toca arrancar Zaragoza
de los moros á los nuestros.

CRISTIANO. Y á nosotros ¿qué nos toca?

FERRARIO. Por ahora ser muy discretos,
y, sin chistar ni mistar,
ir cada uno á su agujero;
porque anda el alcaide moro
con el ojo muy abierto.

CRISTIANO. ¿Y quién nos dará el alarma
para emprenderla?

FERRARIO. En oyendo
el campanil del Pilar
tocar, no á misa, á degüello,
á la calle todo el mundo
con honda, palo ó acero.

CRISTIANO. ¿Y á qué sitio?

FERRARIO. ¡Qué demonio!
El olfato irá derecho
adonde más moros haya.

Pero, al presente, silencio.

CRISTIANO. Pierde el miedo: sabrá solo
la Virgen mis pensamientos.

¡Y hoy sin verla! Merecía
que no me oyera en el riesgo.

FERRARIO. Más que darle Ave-Marías
quisiera yo que le diésemos
capilla de nuestras manos;
que, á las injurias del tiempo,
dará, si nó, pieza á pieza,
su santo muro en el suelo.

Mas gánese Zaragoza,
y entonces tendrá gran templo.
¡Ea, afuera!

CRISTIANO.

¿Y tú?

FERRARIO.

Yo aguardo aquí, al pié del cementerio. (*Van á salir, y los detiene Abarca*).

ESCENA II.

ABARCA y dichos.

ABARCA.

Esperad.—Tú y tú á la mina que lleva el curso derecho á Juslibol: daga al cinto, guardaréis ambos extremos; tú la boca que da al campo, y tú la del cementerio. Cuando uno allí se presente, y me nombre, defendedlo: ha de entrar en Zaragoza sin que le ofenda ni el viento. (*Hace señal de que marchen, y lo verifican por la izquierda*).

Tú en la vía subterránea has de ponerte en acecho que guia á las Santas Masas por retorcidos senderos. Si un hombre allí se refugia salvarásle á todo esfuerzo, aunque hayas de abrir las tumbas de Santa Engracia y Lupercio. (*Váse á una señal*).

Tú al porton que mira á Oriente y á la mezquita es frontero; y tú al que mira á la Zuda. (*Indica al primero la izquierda, y la derecha al segundo, el cual aparecerá á su tiempo en la escena VII*).

Si nada se ajita, quietos: si el moro en armas se pone,

avisádmelo muy presto. (*Vánse*).
Para oírlos y buscarme,
tú, muchacho, al cementerio. (*Váse*).
Vosotros cuatro á la Virgen:
uno á la puerta de hierro,
otro al pié de la campana,
otro á la mina, otro al templo. (*Bajan á la ca-
pilla que entonces estaba subterránea*).
Los demás alerta en casa:
para todos habrá empleo
si van mal dadas. Ferrario,
tú á mi lado.

FERRARIO. Siempre vuestro.

ESCENA III.

ABARCA. FERRARIO.

ABARCA. ¿Siempre? Mira lo que dices.

FERRARIO. Díjelo: no me arrepiento.

¿Qué podrá ser? Que me toque
ir á donde apriete el riesgo.

Así se sirve á un amigo:
me acertabáis el deseo.

ABARCA. Donde todos son valientes
¿quién sin mengua no ha de serlo?
A tí para más te llamo.

FERRARIO. Decidlo, que me impaciento.

ABARCA. Un traidor nos hace falta. (*Movimiento de Ferrario*).

FERRARIO. ¿No lo ves? Ya tienes miedo,
¡ Por el nombre de San Braulio!
¿ Para traidor me halláis bueno?

ABARCA. El más leal me pareces,
y te hallo bueno por eso.

FERRARIO. De vos nada malo aguardo;
mas ¡ vive Dios ! no os entiendo.

- Venga por claro ese enigma,
y no se pierda más tiempo.
- ABARCA.** Pues bien : hoy en Zaragoza
entrará el hombre que espero.
Hasta que en salvo le deje
en el mismo campamento,
habeis de ayudarme todos,
que en más que ese hombre no pienso.
Pero despues... como el dia
del asalto no está lejos,
fuerza es que demos la mano
á los que traban el cerco.
De ahora á entonces necesito
que un esclavo fuerte y diestro
sirva en la Zuda al rey moro,
mas me tenga á mí por dueño;
que esté en palacio , y yo tenga
la llave de sus secretos.
- FERRARIO.** No es para honrarme esa plaza;
mas ¿ conviene ? Trato hecho.
Vos , Abarca , buscaréisme (*Señala hácia la
derecha*).
la entrada con esos perros.
- ABARCA.** Esa la dará mi industria.
Venga esa mano.—¿ Qué es ello ? (*Al cristiano
que sale, y dice aparte á Abarca.*
- CRISTIANO.** El hombre que aquí se espera
está en la mina del Ebro.
- ABARCA.** Valor y dése el alerta:
ahora ha comenzado el riesgo. (*Váse por la iz-
quierda*).

ESCENA IV.

FERRARIO.

En cuatro siglos de oprobio
bajo el yugo sarraceno

¿qué hemos hecho los cristianos
¡menguados! para romperlo?
Dos años hemos tenido
á nuestro rey combatiendo,
al pié casi de estos muros,
y aun para él no se han abierto!—
¿Qué es esto? ¡Un moro! El Alcaide
ha de ser que anda en acecho.
Ocultarme de él importa:
al subterráneo me vuelvo.
*(Váse por la izquierda: salen del primer término
de ella Aliatar y Zila).*

ESCENA V.

ZILA. ALIATAR.

ALIATAR. Podeis salir: ya del plan
me teneis bien enterado,
y ayudaros he jurado
á fé de buen musulman.

ZILA. Si el rey me vence, no alcance
que soy yo quien ambiciona
arrancarle hoy su corona
de las armas en el trance.
Mi ingratitud no te admire,
que amor disculpa el delito:
á Adelfa yo necesito,
aunque á sus plantas espire.

ALIATAR. Mas pidiendo al rey su mano,
el rey no os la negaria.

ZILA. Para hacer á Adelfa mia
he de obrar como tirano.
Mi loco, insensato amor
solo iguala á su desden:
por el camino del bien
no es posible su favor.

Róbarla intento, si es dable;
y, al amor ó á la amenaza,
romper la dura coraza
que me la hace impenetrable.
Vea ella preso á Amadola
que le da de padre el nombre,
y de verme rey se asombre,
y hállese en el mundo sola;
y entonces, si no es su pecho
cual acero damasquino,
verá que soy su destino
que la ata en brazo estrecho.

ALIATAR.

¿Pero ese gran corazón
así á una mujer se rinde?

ZILA.

¿Quién pone valla ni linde
al furor de una pasión?
Al trono de Zaragoza
¿por qué ocultártelo? aspiro;
mas con ella me retiré,
si me ama, á rústica choza.

ALIATAR.

Hija fué ella de un soldado
y soldado sin linaje:
¿posible es que á tanto baje
vuestro valor?

ZILA.

Hame dado
muy recio en el corazón:
y desde el rey Amadola
como hija suya adoptóla,
¿no le ha dado ya un blason?
En fin: yo la amo, y si arribo
del rey á triunfar...

ALIATAR.

No es llano.

ZILA.

Si me vence, ella la mano
sabrà desarmarle. Vivo
muy en mí: llave maestra
tengo, Aliatar, para él.
Adelfa me será fiel.

- ALIATAR. Mas ¿cómo es vuestra y no es vuestra?
ZILA. Conjuros terribles vió (*Con gran énfasis*)
que inventó la ciencia mia,
y le han dicho que en un dia
muere el rey y muero yo.
- ALIATAR. Mejor todo se allanára
si el rey á los dos uniera.
- ZILA. Ni el trono en pos él me diera,
ni ella su amor en el ara.
¿Pedirla al rey? ¡No! Prefiero
pedirla yo como rey.
Bien sé que esto no es á ley
obrar de buen caballero;
mas oye ahora mi palabra.
El trono se nos desploma;
Cristo amenaza á Mahoma ;
nuestro rey la tumba os labra.
Otra constancia más ruda
nos falta, otro corazon,
ó Alfonso aquí su pendon
clavará sobre la Zuda.
Tú ya sabes, Aliatar, (*Transicion*)
lo que ha de cumplirte hacer:
guardarásme esa mujer,
si te la puedo entregar,
y asilo ténme seguro
por si peligra mi vida,
y una barca bien rejida
en el Ebro junto al muro.
Si Alá se digna venir
en mi auxilio á la victoria,
reinar me veras con gloria,
serás mi primer amir.
- ALIATAR. ¡ Magnífico, Zila! Alá
os dé ventura en la lucha.
- ZILA. Rumor de gente se escucha,
y la mia espera ya.

ALIATAR. No os deajo sino en la puerta,
allá del barrio cristiano.

ZILA. Ténlos muy bajo tu mano:
vive con ellos alerta. (*Vánse por la derecha: sale
por la izquierda Abarca, registra el terreno y
avisa á Alfonso*).

ESCENA VI.

ALFONSO. ABARCA.

ABARCA. Ya se fueron. Mas, señor,
teneisme en verdad suspenso:
valor como ese yo pienso
que es tal, que ya no es valor. (*El rey ha mi-
rado al derredor, y cuando vé la capilla va á ella
y dobla una rodilla*).

ALFONSO. ¿Esa la capilla es
de la Columna?—¡ Señora!
Desde muy niño os adora
El que veis á vuestros piés.
¡Qué hermosa! Con vuestro nombre
mi madre cuál me adormia!
¡Qué dulzuras me decia! (*Se levanta bruscamente*)
Mas ya al presente soy hombre,
y os juro que, si ahora solo
humilde barrio os venera,
yo he de llevar la bandera
del Pilar de polo á polo.
Palacio haré de oracion,
que, estando Vos, será cielo;
y, de moros limpio el suelo,
vendrá aquí todo Aragon.
Seré al juramento fiel;
y ya tan mia os estimo,
que aquí el lábaro os imprimo
con mi daga por cincél. (*Graba en la pared el
lábaro*).

Beso el muro vacilante
que cierra este santo albergue.

Ya mi cabeza se yergue
con aliento más pujante. (*Viene al primero ó
segundo término con Abarca*).

Abarca, ya registré
de Zaragoza el recinto;
de su espeso laberinto
todos los reparos sé.

Los torreones más seguros
que defienden á Sarkosta,
el ámplia vía ó angosta
que divide entrambos muros,
los trenques, la cava entera;
cuanto á mis planes conviene
conozco ya. Mucho tiene
que apretarse desde afuera!

ABARCA. Temí que en esos recodos, (*Señalando la iz-*
quierda)

alguna flecha perdida...

Lo menos es nuestra vida;
mas la vuestra es la de todos.

ALFONSO. Mi deber cumplo con esto,
y á ningun riesgo me espanto.

ABARCA. A vuestro padre, sin tanto,
matóle un dardo funesto.

ALFONSO. Bien mi hermano le vengó
en Huesca do fué su muerte.

A mí me cabe más suerte:
aquí he de vengarle yo.

No temo el acero moro,
que le llevo mayor dentro;
y nunca la muerte encuentro,
y en vano siempre la imploro.

Sin ceñirme cuero ó malla,
entro en la lid más reñida;
que más precio que la vida

morir pronto y en batalla.
Ya no recuerdo que , áun mozo,
corrí de Aragon la tierra,
apuntándome en la guerra
antes la sangre que el bozo.
El árbol ya se ha secado
que daba hojas á mi frente:
gloria merece el valiente
y muerte el desesperado.

ABARCA. Por Dios , que así no me habéis
sin decir quien os ultraja:
yo su cabeza , alta ó baja,
cortaré con el que veis. (*Pone mano á la es-
pada corta , que lleva en la cintura*).

ALFONSO. ¿ Y piensas que á ajena mano
fiára yo , si la hubiera,
la enmienda , quien quier que fuera
mi ofensor , moro ó cristiano?
Mas cuando me ves inulto,
es que á mi mal no hay venganza.—
¿ Amas? ¿ Tienes esperanza?
¿ Á alguna mujer das culto?

ABARCA. Aun no sé si esto es amar,
pero una mujer me ha puesto
tan fuera de mí , que si esto
no es amar , es delirar.

ALFONSO. Mira , pues , que en la mujer (*Énfasis*)
poner tu nombre y tu amor
es ¡ ay ! poner el honor,
y ella lo ha de defender:
y si lo mancha homicida ,
ni con su sangre lo lava :
el fiero harpon que ella clava
sale de aquí con la vida. (*Señalando el co-
razon*).

Tu lábio nunca se alabe
de haberme oido mi afrenta ;

que , aunque hasta el vulgo la cuenta ,
pienso que nadie la sabe.

ABARCA .

Ni yo , señor: os escucho
con pena, mas no os entiendo.

ALFONSO.

¿Con que este suplicio horrendo
no sabes aun con que luchó ?

ABARCA.

No os entiendo.

ALFONSO.

¿Por ventura
se ha podido aquí ignorar
por qué dí en el Castellar
á Urraca estrecha clausura ?

ABARCA.

Creyóse que os usurpó
el gobierno de Castilla.

ALFONSO.

Pluguiera á Dios que mancilla
mayor no sufriera yo;
que diera cuanto he ganado,
y emperador se me nombra,
por el honor, por la sombra
del honor que me ha arrancado.
¡ Ay ! hablarte necesito;
que aun no he tenido con quién. —
De mis pueblos ante el bien
caséme y fué mi delito.
Allá nobles y prelados
nos unieron ante Dios:
despues han puesto en los dos
rencores ya no apagados.
Yo , que al unirme en consorcio
aun no la amaba , la amé:
¡ qué harian ellos que fué
preciso nuestro divorcio,
precisa en los dos la guerra,
preciso el ódio ! Y en tanto,
amábala yo á ella cuanto
se puede amar en la tierra.
Abarca , vamos ; que pronto
Zaragoza ha de ser mia,

y ¡ay para ellos de ese día,
que entonces todo lo afronto!
ABARCA. Vamos, sí, que el riesgo aumenta.
ALFONSO. Iré á Castilla ya fuerte,
y oprobio tendrán y muerte
los autores de mi afrenta. (*Se dirigen hácia la
izquierda: el cristiano de la escena segunda
sale por la izquierda, y dice á Abarca*).

ESCENA VII.

Dichos. Cristiano. Pueblo.

CRISTIANO. ¡ Los moros!
ABARCA. ¿ Lo veis? ¡ Mal rayo!
Voltea tú esa campana. (*El cristiano baja á la
capilla, suena la campana, acuden muchos
con armas en diferentes intervalos*).
¡ Pues! Os vieron, cosa es llana.
Mas saldremos; no desmayo.—
Ahí teneis carne; poneos
de esa gente hasta los codos.
A aquéllas dos calles todos:
ya se os logran los deseos.
En cuatro credos; qué diablos!
no habeis todos de morir;
y en tres, habeis ya de oír
el silbo de mis venablos. (*Hace una señal, y
vânse por la derecha: van saliendo otros des-
pues, y toman igual direccion*).
No avanzarán tan aína
los moros con ese estorbo.
Ahor a nosotros de un sorbo
á las tiendas por la mina.
ALFONSO. Locura es quedarme aquí;
mas, ¿ quieres tú que los vea
por mí en desigual pelea.

la espada en el tahalí?

¡Y aun no por ellos!

ABARCA.

Mas vos.....

ALFONSO.

Hay moros, y no les vuelvo

yo la espalda. Esto resuelvo. (*Al dirigirse con espada desnuda á la derecha, sale Adelfa, cubierto el rostro y mirando atrás: se descubre á Alfonso; y á veces se aproxima á él temerosa, sin dejar de mirar á la parte de donde vino.*)

ADELFA.

¡Cristianos! ¡Por vuestro Dios!

ESCENA VIII.

ADELFA y dichos.

ABARCA.

Es ella, ¡oh Dios!

ALFONSO.

¿Quién te azora?

ADELFA.

Me persigue un enemigo.

ALFONSO.

Cristiano ó moro, me obligo á valerte, hermosa mora.

ADELFA.

Todo está en armas, y él todo lo agita y mueve en cubierto.

ALFONSO.

Mas ¿quién es?

ADELFA.

Él de concierto

está con muchos: él modo tiene de hallar todo arcano y preguntar á un planeta: él es mago y es profeta.....

¡Ocúltame de él, cristiano!

ALFONSO.

¿Es él, dime, quien arroja sus turbas contra nosotros?

ADELFA.

No: sus intentos son otros.

Al rey por poco despoja

de su trono; mas el rey (*Se miran con extrañeza Alfonso y Abarca*)

le está llevando mal trecho,

y ahí viene casi deshecho
y rota en partes su grey;
Mas él dejará por mí
hasta su propia defensa.

Me ama y le odio : es una inmensa
maldicion con que nací.

ABARCA. ¿ Mujer de sangre de moros (*Aparte*)
trastorna así mis sentidos?

¿ Para ella guardé escondidos
del corazon mis tesoros?

ADELFA. ¡ Dios mio ! ¡ Él es ! Por favor
libradme de él.

ALFONSO. Morirá.

ADELFA. No , por Dios ; su vida está (*Rápida*)
unida á mi único amor.

ABARCA. Id , señor , al campamento,
que yo para este me sobro.
¡ Es ella ! Con verla cobro ,
para eso y más , alto aliento. (*Sale Zila embo-
zado sin descubrirse en toda la escena. Alfonso
hace lo mismo*).

ESCENA IX.

ZILA y dichos.

ALFONSO. Solo á mi valor escucho.—
Rinde ese alfanje á mis piés,
ó muere : elige.

ZILA. Esta es
mi lengua. (*Señalando el alfanje*).

ALFONSO. Presumes mucho. (*Riñen*).

ADELFA. ¿ Qué estoy haciendo , insensata ,
que entre ambos antes no muero ? (*Se dirige
como á interponerse entre los dos : en este
punto salta de la mano el alfanje á Zila , y
Alfonso se avalanza sobre este , y Adelfa so-
bre él*).

ZILA. Venciste.

ADELFA. Suelta ese acero:

¿tú no sabes que me mata?

ALFONSO. Nada os niego. — Te he rendido

y dueño soy de tu suerte:

mas ¿quién pudiera perderte

si estás tan bien defendido?

Con grillos ahora lo aferra: (A Abarca)

mas antes de amanecer

sea libre.

ABARCA. ¡Qué he de hacer!

¡Lo manda!.... pero lo yerra. (Váse por el fondo derecho).

ESCENA X.

ALFONSO. ADELFA.

ADELFA. Pesar á un tiempo y regocijo dásme,
gentil cristiano, con deberte tanto.

ALFONSO. ¿Qué menos debe á la mujer el hombre,
por solo ser mujer, si él es hidalgo?

ADELFA. De tu réplica el alma no comprendo;
pero, hablándome así, me has hecho daño.

ALFONSO. ¿Daño? ¿Cómo?

ADELFA. Alabándote de noble,
con cualquiera mujer me has igualado.

ALFONSO. Diera á toda afliccion, á toda cuita
de una mujer, sin vacilar mi amparo;
mas solo tú costarás á mi pecho,
muerto para el amor, tal sobresalto.

ADELFA. ¡Cuánto bien.... cuánto mal me estás haciendo!

¡Cómo me estás el aire envenenando!

¡Alá te valga; y qué bien que has tendido,
para irme al corazón, certero el arco!

Huirte debo. ¡Adios! — ¡Mas si no puedo!

¡Si aun no te he dicho nada! ¡Si te callo

tantas cosas que súbito, al mirarte,
en confuso tropel me han asaltado!
Yo no puedo partir y que tú partas,
y que el tiempo devore y el espacio
yo no sé qué esperanzas, qué quimeras,
que engendro, que acaricio, que idolatro.

ALFONSO.

Cesa, estraña mujer, que tú no entiendes
qué recuerdos levantas, ni qué arcanos
hay en mí que, aunque yo pudiera amarte,
me forzaran á huirte y serte ingrato.

Yo no soy mio: yo tengo en mi seno
amor, ódio, no sé, mas yo tengo algo
que me aparta de tí, del mundo todo.

ADELFA.

Mas tú, ¿quién eres? ¿Quién á mí te trajo?
¿Quién soy? ¿Pues sólo acaso? Yo he vivido
cual la paloma cándida en los llanos,
cual la águila caudal en la alta roca,
cual tórtola en el bosque solitario.

Yo de la sangre con furor vertida
el infecto vapor he respirado;
yo he gozado de Oriente los perfumes
en el templado ambiente de un palacio.

Yo, como airoso, nacarado esquife,
bogué tranquila en el risueño lago;
yo, como nave entre rugientes olas,
zozobré de la mar en lo más alto.

Hija fuí de un valiente aventurero,
que al rey salvó y murió; y el rey en pago
llevóme junto á sí, llamóme hija,
y aunque dióme su espléndido palacio,
de él tomé para mí, flor trasplantada,
rincon oculto, albergue solitario.

Y allí improviso, cual serpiente astuta
que del húmedo césped brota al paso,
se irguió ante mí, me requirió de amores,
puso á mi vista fúnebres presagios,
ligo al suyo maldito mi destino,

pues ligó el de mi rey que padre llamo,
ese hombre que has vencido, y que mañana
como un espectro me asirá en sus brazos.

Esto soy, ya lo sabes.—Esto era (*Transicion*)
cuando , de Zila huyendo , aquí los astros
me impelieron á tí; mas há un instante
no sé de mí; me busco y no me hallo.

¡Adios! mi desventura me acompaña:

Más vale que tu amor: es mia al cabo. (*Hace
ademan de marcharse, y Alfonso la detiene*).

ALFONSO. No así te alejes, ven.—(*Ap.*) Mas, ¿qué la digo,
si solo puedo darla un desengaño?—

Yo tambien tengo amor. (*Ap.*) ¡Ay qué me cuesta
Pensar en quien le pongo!—Tambien amo...

ADELFA. ¿A mí? ¡Tú!

ALFONSO. ¡Desdichada! (*Aparte*).

ADELFA. ¿Y pudo el cielo
nuestro pecho encender con solo un rayo?

Si esto es vana ilusion , déjame al menos
que sueñe , que delire en su regazo.

ALFONSO. (*Ap.*) ¡Deber horrible y cuánto que me pides!
Contra ella y contra mí seré tirano:

más grande es ¡y avergüenza! amar á Urraca
que á esta noble mujer, de amor milagro.—

Almas como la tuya viven solo
de fé... ¿Tiénesla en mí?

ADELFA. Ya la he cobrado.

ALFONSO. Pues bien: muy pronto te darán mi nombre:
él es toda la historia que te callo.

Yo sé, pues me amas, que amarás mi honra;
que la tuya amarás que has heredado.

Si al oírle no tiembles , y aun te atreves

á mi honor, á tu honor, á cuanto hay santo,

--(*Ap.*) ¡Oh, no quiero pensarlo, debo huirla!--
dejaremos á Dios estos arcanos.

ESCENA XI.

Dichos.—ABARCA. FERRARIO. CRISTIANO.

ABARCA. Cada uno á su puesto. (*Ferrario va á la derecha del fondo, el cristiano á la izquierda: Abarca alude primero á éste, y despues á aquel en los versos siguientes que dirige al rey*).

Ese:

os destino para guia:
ese para ella: yo espía
seré mientras interese,
y allá iré al amanecer.
Vos, señor, partíos presto;
que, aunque hemos triunfado, es esto
lo que ahora da mas que hacer.
Los chicos son un tesoro;
se han dado muy buena mano:
con tan buen refresco, es llano,
victoria tuvo el rey moro.
Contra él solo era el tumulto;
y muertos ó presos llora
á una huérfana que adora,
y á su ministro. Aquí oculto
juzga al jefe del motin,
y ha de intentarlo prender.
¿Le entregamos? Debe ser
de seguro aquel malsin. (*Adelfa se habrá colocado desde el principio de la escena á la izquierda, y algo retirada del grupo: á su derecha estará el rey, y á la derecha de él Abarca: ahora se avanza al rey para decirle aparte, pero imperiosamente*).

ADELFA,
ALFONSO.

Salvadle.

Dí mi palabra,

- y hay que ampararle.
- ABARCA. Se hará:
mas, por Dios, que es hora ya
de que la mina se os abra.
- ALFONSO. Dáme el guia. Al campo voy,
y ese tesoro te entrego. (*Aludiendo á Adelfa:
los dos siguientes versos aparte á Abarca: el
verso y medio siguiente para sí: los demás á
Adelfa*).
- Mientras marche, no, mas luego
has de decirle quien soy.
Crímen es dejarla así,
mas es fuerza.—Si en las manos
cayeres de los cristianos,
ó quieres llegar á mí,
presenta este anillo, y él (*Dáale una sortija*)
te abrirá paso doquiera.
Adios. (*Váse, precediéndole el cristiano*).
- ADELFA. Lleva mi alma entera:
¡Ay, que le pueda ser fiel!

ESCENA XII.

ABARCA. ADELFA. FERRARIO.

- ABARCA. Hora es de que á vos acuda.
Venid: buscaréos asilo.
- ADELFA. Le tengo yo muy tranquilo.
- ABARCA. ¿A dónde os llevo?
- ADELFA. A la Zuda.
- ABARCA. ¡Cómo! ¿En palacio vivis?
- ADELFA. Sí.
- ABARCA. ¿Quereis allí un esclavo,
que es en lo leal y en lo bravo
cuanto cria este país?
- ADELFA. Dámele, y conmigo venga.
- ABARCA. Ferrario, tu dueño es este.

- ADELFA. Vamos.
- ABARCA. Aunque mas os cueste, permitidme que os detenga. (*Ferrario vuelve al fondo*).
Si para vos valen algo la humildad y el rendimiento, decid, por Dios, al momento: ¿os tiene amor ese hidalgo?
- ADELFA. ¿Y quién eres que el abismo quieres sondear de los dos?
- ABARCA. A él amo despues de Dios, y á vos antes que á mí mismo.
- ADELFA. ¿Tú le sirves?
- ABARCA. Altanero es para servir mi humor; mas le tengo por señor, y él á mí por el primero.
- ADELFA. Díme, que ante él fuí cobarde, cobarde de su respuesta: ¡su nombre!
- ABARCA. Ocasion no es esta; pero os lo diré mas tarde.
- ADELFA. ¿Y tú no sabes, si me ama ese hombre yá?
- ABARCA. (*Tras breve pausa*). Sé que no.
- ADELFA. ¿Te lo ha dicho? (*Asustada*).
- ABARCA. ¿Puede yo hablarle?
- ADELFA. ¿Tiene otra dama?
- ABARCA. Pacto con su honor ha hecho de no amar nunca á mujer.
- ADELFA. ¿Pues cómo eso puede ser, si no es de fiera su pecho?
- ABARCA. Eso es nacer á sufrir.
- ADELFA. Mas, en fin: ¿qué nombre tiene?
- ABARCA. ¡Y ese aviso que aun no vien! (*Aparte*). Aun no os lo puedo decir.

- ADELFA. De la suya y de tu boca
igual verdad se me alcanza:
perder debo la esperanza,
si esto no me vuelve loca.
- ABARCA. Al suyo mi amor cediera;
mas amaros él no puede;
y, fuera de él, no hay quien quede
que os ame, sea quien quiera.
Sé bien que rendir no es dado
por la fuerza á una mujer;
pero mia habeis de ser:
yo haré que sea de grado.
- ADELFA. ¡Atrevido! ¿Hablas de veras?
¿Pues tú quién eres?
- ABARCA. Abarca:
me conoce en la comarca
todo moro de fronteras.
- ADELFA. ¿Y ese es mérito á mis ojos?
- ABARCA. Tambien ese: mas yo fio
todo el triunfo al amor mio.
- ADELFA. Provocas ya mis enojos.
Haréte al fin entender
con quién hablas.
- ABARCA. ¡Pesia tal! (Con ira que al
punto contiene).
¡No puedo! Queredme mal,
mas dejadme á mi querer.
Yo saldré con esta empresa:
para amar á mi Sultana
tengo sangre musulmana,
y constancia aragonesa.
- ADELFA. De aceptar estoy distante
tu amor, mas pena me das.
Véte, y de él no me hables más.
- ABARCA. ¿Por qué?
- ADELFA. Porque tengo amante.
- ABARCA. ¿Ese hombre á quién sirvo?

ADELFA. Ese.

ABARCA. ¡Desdichada! Yo daría
mi amor, la existencia mía,
porque ese hombre amar pudiese.

ADELFA. Me asustas; mas ¿qué misterio.

ABARCA. Él es espejo de honor.
mas, sin honra.

ADELFA. Con mi amor
le puedo dar un imperio.

ABARCA. Él por amarnos le diera.

ADELFA. Ya mi desgracia adivino.
¿Y ha de morir—pierdo el tino—
abrasándome esta hoguera?

ABARCA. Sí: renuncia á su amor.

ADELFA. ¿Quién es?

ABARCA. Un rey.

ADELFA. (*Con amargura*). ¡Oh locura!
¿Es Alfonso por ventura? (*Llega el cristiano: le
ve Abarca*).

ABARCA. Alfonso el Batallador. (*Adelfa queda como he-
rida de un rayo, y dejando entender que ante
esa revelacion pierde ya toda esperanza*).

FIN DEL ACTO PRIMERO.



ACTO SEGUNDO.

Lujosa tienda de campaña de gusto árabe al frente de Zaragoza: entradas á derecha y á izquierda y al fondo, y sobre ésta las cuatro cabezas de Aragon: rico lecho á la izquierda en el fondo, mesa y taburete en el mismo lado: panoplias.—Al lejos, y por la puerta del fondo, se verá Zaragoza.

ESCENA PRIMERA.

ABARCA.

Al rey se lo digo hoy mismo.
Esta vida ya me cansa:
seis dias hace que estamos
sin ganarnos la soldada.
Los dos reyes se contentan
con mirarse cara á cara;
y, lo que es peor, aquí el mio
me tiene en completa holganza,
á guisa de camarero
para cuidarle la casa.
¡Voto á san! Ahora la guerra
más que nunca me hace falta:
me entretiene los dolores;

que estoy enfermo del alma.
Por mal mio en Zaragoza,
apenas llegué á pisarla,
hallé á esa mujer, prodigio
en lo bello y en lo ingrata.
Pero es cuanto pudo hacer
el amor ó mi desgracia,
que el rey la salvára, y ella
de amor se viera asáltada.
¿La amaré el rey? No es posible.
Si no, ¿tuviera yo audacia
para dar ni un pensamiento
á la mujer que él amára?

ESCENA II.

ALFONSO. ABARCA.

ALFONSO. Tomad ahora algun reposo; (*Supone hablar á los de afuera*)

lo habeis hecho bien.—Abarca,
¿qué ha habido aquí?

ABARCA. Lo de siempre:
que estamos sobre los armas
sin ver un mal enemigo
ni fuera ni en la muralla.

ALFONSO. Esta calma silenciosa
á gran tormenta prepara.

ABARCA. Tráigala Dios, pero pronto:
si no, ya os pido la gracia
de andar suelto con los mios;
que no ha de faltarnos caza.

ALFONSO. ¿Te cansas de mi servicio?
¡Bien las mercedes me pagas!

ABARCA. (*Aparte*). ¡Qué airado!—Nunca pensé
sino en servirlos.

ALFONSO. Pues basta:

- el valor ha de ostentarse
solo á la voz del que manda.
- ABARCA. Ponedme , señor , á prueba,
que quiero borrar mi falta.
- ALFONSO. Olvidada ya la tengo.
Mas dime ; ¿ qué por tí pasa?
Encuentro de tal manera
cambiado tu humor...
- ABARCA. ¿ La causa
quereis saber?—; Mas si temo
daros enojo al nombrarla!
- ALFONSO. Díla.
- ABARCA. Vergüenza me da;
pero una mujer me mata.
- ALFONSO. ¿ Quién es?
- ABARCA. Una mora : Adelfa.
- ALFONSO. ¿ Es la huérfana que ampara,
como á una hija , Amadola?
- ABARCA. Ella es , y despedaza
mi corazon una duda
que hasta en mis sueños me asalta.
¿ Sereis tan bueno conmigo...
- ALFONSO. Como á tu padre me habla.
- ABARCA. Pues bien : yo ignoro si soy
un mártir que amor maltrata,
ó un mónstruo aleve que osa
poner donde el rey sus ansias.
¿ Amais á Adelfa ?
- ALFONSO. No la amo :
es aún más : no puedo amarla.
- ABARCA. ¿ Os hará daño que ponga
álguien sus ojos...
- ALFONSO. Me agravias
con eso : yo te prometo
que puedes ante sus aras
poner el amor que quieras.
- ABARCA. ¡ Ah , señor ! Lo sospechaba :

lo aseguraré á esa mujer
cuando os amó temeraria.

ALFONSO. ¿Mi nombre al fin le dijiste?

ABARCA. Lo dije.

ALFONSO. Y á esa palabra....

ABARCA. Mortal quedó: fué ese nombre
un puñal á su esperanza.

ALFONSO. Su pasión y su hermosura
rompieran cualquier alcázar,
y hubo instante en que, al oirla,
á mi despecho temblaba:

pero tengo honor.... ¡y amor! (*Esto como á
su despecho*)

y, fiado en tales guardas,

pude escucharla sin riesgo,

aunque no pude sin lástima.

Á mala tú: yo la quiero

lejos de mi mente, Abarca.

ABARCA. Dichoso me haceis: ya si ella

de mí ¡infeliz! no se apiada:

sabré morir á desdenes;

mas consagrándole el alma.

ALFONSO. Locura fuera la suya

no poner desde hoy á raya

amor que el honor le veda;

que amarme á mí fuera infamia.

Sírvela tú, que á la piedra

horada constante el agua

y no hay amor imposible

que la razón no deshaga.

Ganemos á Zaragoza;

que tu parte en la ganancia

será darte yo tu Adelfa

por esposa ó por esclava.—

Pensemos ya en el asedio

que todo es menos.— Acaba

(*Se quita la es-
pada, la deja sobre la mesa y se sienta*).

de venir á nuestro campo
el buen obispo Librana.
Propuesto por mis soldados.
ya lo ha consagrado el Papa;
y ahora ha llegado de Aleste
con indulgencias tan ámplias,
que aquí y allí tiene gloria (*En la tierra y el
cielo*).

el que ahora muera en batalla.—

Hay que estrechar más el cerco:
ya escasean las vituallas
á los moros , y angustiarlos
conviene. ; Aun aquí nos faltan !

* Los navarros todo el Huerva

* Ocupen desde las Masas.

* Con el obispo de Huesca,

* á quien daré Santa Engracia,

* militen los caballeros

* del Salvador, que se acaban

* de fundar, y los templarios

* que , á romper algunas lanzas

* al frente de Zaragoza,

* vienen desde Tierra Santa.

Se han de armar contra las torres

fundíbulos que las batan,

y frente á los tres castillos

catapultas de Cantábría.

Para empuñar los atietes

toma gente catalana:

para formar las testudos

buenos peones de Navarra.

Sobre todo en los torreones

de truenos quiero que vayan

soldados de agudo ingenio.—

Para tí la mejor plaza. (*Transición*).

Después de pensado bien

me doy á entender, Abarca,

que con esa gente indómita
que viene á lidiar bizarra,
salvaje á medias en paz,
y por entero en campaña;
que come mal y mal duerme,
pero blande bien la espada;
que es feroz aun para amiga,
y fiera tal cuando asalta;
formarse hueste pudiera,
y que, por tí puesta á raya,
á tiempo estuviera dócil,
y á tiempo se desbordara,
y así direccion tendrian
los rayos de esas montañas.

ABARCA.

Señor, ¿quién os ha contado
los ensueños de mi alma? (*Dobla una rodilla*).
Al jefe de almogaváres
ved desde ahora á vuestras plantas;
y os juro, que tal milicia
ha de ser la que ahora nazca, (*Se alza*)
que han de temblar en su asiento,
al ruido de sus hazañas,
desde las faldas del Tauro
hasta las cumbres del Atlas.

ALFONSO.

El brazo y pierna desnudos
irán al sol y á la escarcha;
crecer dejarán tendida
lengua cabellera y barba.
Red de hierro en la cabeza
será su defensa y gala;
túnica y calzon de pieles,
á las fieras arrancadas.
Con cuero espiral sujeta
será la escotada abarca;
para el botin y el sustento
zurron penderá en la espalda.
Llevarán de la pretina

al cinto asida una daga;
hendirán fina armadura
los venablos de su aljaba;
y el chuzo que cuerpo á cuerpo
tus almogaváres blandan
habrá avivado en la peña
sus filos cada batalla.

Se ha de dormir en la tierra
las pocas horas que bastan,
y el sueño ha de ser descanso
del furor de la venganza.

Han de ir hijos y mujeres
donde estos soldados vayan;
las madres, para que crien
sus hijos en nuestra saña;
los hijos, para que aprendan
á combatir por su patria.

ABARCA. ¿A quién vuestra voz no mueve,
si es bueno y ciñe una espada?

ALFONSO. ¿Cuántos dias necesitas
para esa obra?

ABARCA. De aquí al alba.

Há un instante que han llegado
aquí mis antiguas bandas,
con traje y todo: ya solo
moros que embestir les faltan.
En torno de ellos hoy mismo
véndrán á pedirme plaza
monteses aventureros
de Aragon y de Navarra...
y catalanes que son
mas duros que sus montañas.
De aqui á poco, almogaváres,
vereis que la tienda os guardan.

ALFONSO. Tranquilo sueño me espera
con gente tan señalada.

ABARCA. Menester habreis reposo,

- que há que no dormís.
- ALFONSO. Si pasan
dos horas, tú me desvela.
- ABARCA. A más descanso prepara
el lecho: es lujo que asombra.
- ALFONSO. El que los árabes gastan.
A precio compré de sangre
el lujo que así te pasma;
que al fiero Temin ganéla
en mi triunfo de Cutanda.
- ABARCA. Digna es de vos esa tienda,
mas que sea mora es lástima.
- ALFONSO. Con haber solo estampado
allí de Aragon las armas;
glorioso bautismo tiene
de aragonesa y cristiana. (*Váase Abarca por
la derecha*).

ESCENA III.

ALFONSO.

¡Qué juventud tan briosa!
¡Qué fé tan viva en el alma!
¡Qué vírgen de desengaños
está el corazon de Abarca!
¡Con cuánto gusto mi cetro
yo por su azcona trocára;
mi púrpura por sus pieles,
mi corona por sus mallas!
Mis soldados herederos
tendrán de su limpia fama,
y esposas que los animen,
con voces ó con plegarias;
mas yo, sin hijo á quien dar
mi nombre, que el mundo aclama;
sin esposa, que ella fuera
mi númen por la bizarra...

¿Para quién la gloria quiero? (Se alza como inspirado.

¿Mas ¡ah! no tengo una pátria?
Mi esposa la gloria sea;
la pátria mi madre amada.

ESCENA IV.

ALFONSO. EL CONDE DE ALPERCHE. Caballeros. Obispos.
Soldados.

VOCES. ¡A Francia! ¡A Francia! (Dentro).

ALPERCHE. Atrás.

ALFONSO. ¡Cielos! ¡qué escucho!

VOCES. ¡A Francia!

ALPERCHE. ¡Atrás, que deshonrais á Francia!

No profaneis la tienda; que ya es mucho traer hasta su umbral esta arrogancia. (Entra Alperche por el fondo y tras él franceses amotinados y caballeros franceses con escudos al cinto, los cuales se abren paso hostilmente por entre ellos y forman grupo aparte: por la derecha caballeros españoles).

¡Señor! Estos que veis fueron franceses. Ya no lo son: tras lauros bien ganados, temen hoy de la guerra los reveses; quieren marchar... ¿y á dónde, desdichados? ¿Quién os acogerá? De hambre se quejan, de cansancio, de cosas que en la boca de un soldado son crimen. ¡Y nos dejan! ¿cómo? en el deshonor. Esto nos toca. (Se desciñe la espada y la deja despues sobre la mesa).

Ellos á Francia irán si el Pirineo no los sepulta airado en sus entrañas; nosotros nó: tomad; dareisme empleo junto al rudo peón de las montañas.

ALFONSO. Valor no ví mayor que el que os adorna;

junto al rey ha de estar tal bizarría;
y si esta espada insigne á vos no torna,
es que la quiero yo: tomad la mia. (*El conde
la toma y la besa*).

Vosotros y los vuestros, que en olvido
puesto habeis cuanto forma al buen soldado;
que habeis á vuestra tierra envilecido,
y que habeis esta mia profanado;
marchad, y que os persiga donde quiera
la traicion, que es traicion el abandono:
la sombra no infecteis de mi bandera;
no empañeis la limpieza de mi trono.

Id á ofrecer el mercenario brazo
donde regalo os den en vez de gloria;
de los vicios vivid en el regazo:
nosotros de la pátria en la memoria.
El oro se os dará que os embriaga;
llevad tambien las entrojadas mieses;
los que queden aquí tendrán por paga
junto á mí combatir... y sin franceses. (*Movi-
miento en los caballeros franceses*).

Ya nada os debo, tímido rebaño;
vosotros gloria á mí no merecida;
mas, por si aun la vergüenza os hace daño,
porque ella os atormente, os doy la vida.

Marchad: marchad. (*La primera vez en el tono
de los versos anteriores, la segunda brusca-
mente y con imperio: salen de la escena aver-
gonzados: el rey se dirige ahora á los caba-
llos franceses*).

Vuestra querella escucho;
mas á ellos, y no á Francia yo provoco;
que sois vosotros para honrarla mucho,
mas ellos son para infamarla poco.

* ¡ Bearne, con quien nadie hay que compita,
* del barrio del Pilar señor os hago!

* A vos, Alperche, el que hay de la mezquita

* hasta el muro de Oriente, y aun no os pago.
* Vos, Beltran de Tolosa, á quien abona
* Trípoli conquistado, y á quien debo
* Carcasona con Rodes y Narbona,
* Tenédmelos en feudo, buen mancebo.
* Vosotros, Armengol, Urgél, Cervera,
* y Cardona, y Ribelles, y Moncada;
* y vos en quien la gloria vive entera
* de Anglesola, que á Otger llevó su espada;
* y vosotros, Comenges y Bigorra,
* Miramont, Cabadan, y tanto y tanto
* caballero gentil, que nunca ahorra
* su indómito valor, del moro espanto;
Allí todos mirad la recompensa, (*Señala al fondo*)
solo á vosotros digna, y á mí solo.

Los que la gloria amais tendréisla inmensa
con seguir el pendon que yo enarbolo.

ALPERCHE.

¿Ni cuál otra mayor? Yo si en Sarkosta
pongo mi planta de mi rey al lado,
de monte en monte iré, de costa en costa,
el triunfo á pregonar que habreisme dado.
Y ahora oid, si mi súplica algo vale.

Limpio el paves tenemos, mas desnudo:
queremos que esa mano nos señale
empresa á cada cual, que orne su escudo.

ALFONSO.

Mañana, al despuntar del nuevo dia,
en alarde marcial dará Librana
la bula que Gelasio nos envia,
y yo emblemas daré de buena gana.
* Y en el asalto lucirá Anglesola
* fajas que camparán negras en oro;
* y Beltran, de San Jorge la cruz sola,
* y porque luzca mas campo incoloro;
* fajas gules Garcés y Urgel jaqueles;
* grifo Armengol, Bearne vacas rojas...
* y otros cabezas cárdenas de infieles,
* segadas ya por toledanas hojas.

Y así, fiel cada cual á sus blasones,
y en ellos, en la lid, los ojos fijos,
no habrá sino animosos corazones;
que es el honor la herencia de los hijos.—
Dios marca al elegido con su dedo
y le unge en el palacio ó en la choza:
á Alfonso VI señaló Toledo;
á mí, á vosotros todos, Zaragoza. (*Rumores
y muestras de aprobacion en los caballeros:
curiosidad despues que Abarca da un pergamino á Alfonso. Un soldado entra y deja una
lámpara de mano sobre una mesilla ó repisa
que habrá en el ángulo de la derecha*).

ESCENA V.

Dichos. ABARCA.

- ABARCA. Esto, señor, me han dado, y muy de priesa
tráigolo á vos, que nos importa mucho. (*Alfonso lee*).
- ALFONSO. ¡Que si importa! Nos va en ello la empresa;
nos va la vida á todos.
- ABARCA. ¡Que esto escucho!
- ALFONSO. Antes vino que quise la ventura (*Dirigiéndose
á todos*):
desemejable hazaña nos espera.
A armarse todos ya. Que vuelva pura
y con un laurel mas nuestra bandera.
Ni clarin ni atambor hieran el viento:
callados cual la noche que ya avanza,
caigamos sobre el moro en un momento,
como el genio infernal de la venganza. (*Hace
señal y salen todos de la escena apresurada-
mente*).

ESCENA VI.

ALFONSO. ABARCA.

ABARCA. ¿La ciudad se asalta al fin?
ALFONSO. Al revés: el campamento.
Viene en las alas del viento
de Valencia Abul-Tagfin,
y con innúmera gente
sobre mi espalda caerá.
¿Quién con sus hordas podrá,
teniendo á Amadola enfrente?
ABARCA. ¿Y está cerca el de Valencia?
ALFONSO. Tanto, que esta noche misma
podria aquí la morisma
llegar y no hay resistencia.....
ABARCA. ¿Y qué haceis, que yo no alcanzo?
ALFONSO. ¿Qué? Menos salvarme, todo.
ABARCA. Pero ¿hallais de vencer modo?
ALFONSO. A eso ó á morir me lanzo.
De aquí salir es preciso;
defensas esto no tiene:
sobre el refuerzo conviene
avanzar, caer de improviso.
Dura ha de ser la batalla,
que seis contra uno vendrán:
¿qué importa? conmigo van
los vencedores de Abdalla.
La noche admite salir
sin ser de Amadola visto.
Tú te quedas.
ABARCA. ¡ Mas por Cristo!
¿Ni aun hoy con vos he de ir?
ALFONSO. ¡ Conmigo jurar, menguado!
Venga el yelmo. Cuando yo
no te me llevo, es que no

me convienes á mi lado.
Con la gente que te queda
Tenme en jaque á la ciudad,
y á un tiempo todos tirad
desde el rio y la alameda.
Que piense el rey que aquí estoy,
y que sus planes ignoro;
mas, si aun así sale el moro
á forzar las tiendas hoy,
morir todos. Fio en tí
de que así me las defiendas:
respóndeme de las tiendas,
y yo del hijo de Alí.

ABARCA. No se suelta aquí el pellejo
de balde: á lo vuestro id vos,
que bien seguro, por Dios,
os vais.

ALFONSO. Vé porque te dejo.
Solo así triunfar se puede:
es fuerza, y empresa es harta,
que un Alfonso de aquí parta,
y otro Alfonso aquí se quede.

ESCENA VII.

ABARCA.

Sus palabras tales son,
que á no ir con él me someto:
infunde siempre respeto,
y siempre tiene razon.
Voy á que jueguen ahora
las máquinas contra el muro,
y he de tener ahí seguro
al rey moro hasta la aurora.
Mis solos aventureros
para todo han de bastar:

hasta esta tienda ha de estar
confiada á sus aceros. (*Va á salir y oye rumores
á la derecha*).

¿Qué ruido es ese? Es mi gente.
Soltadla. — ¡Qué extraño alarde!

ESCENA VIII.

URRACA. ABARCA. *Almogaváres.*

URRACA. Dejadme, chusma cobarde.
Vos esa turba insolente
castigad.

ABARCA. Decid: ¿qué es esto? (*Van á hablar
y Urraca los detiene*).

URRACA. Callad vosotros.—Que yo
apenas anocheció
perdí en instante funesto
mi camino. A la ventura
dejé ya suelto el caballo,
y en estos verdugos hallo
en vez de amparo amargura.
A mí y á mis caballeros
rendirnos quieren; se traba
lucha breve; y aun no acaba,
cuando á fuer de bandoleros,
estos me arrastran de allí
y me traen con toda priesa,
no sé si robada ó presa.
Ruines, ¿es esto?

ABARCA. ¿Es así? (*Señal de asentimiento*)
Retiraos.—Queden dos
para esa y aquella entrada. (*Uno va al fondo
y se pasea pero al exterior; otro, que es Zila,
va á la izquierda: los demás por el fondo.
Zila usará en este acto barba larga y en los
demás recortada*).

Aquí estareis bien guardada ;
 más tarde sabré de vos,
 que el tiempo me acucia.

URRACA. ¿Es bueno
 que esto hagais ?

ABARCA. En mi justicia
 fiad : hasta más noticia,
 ni os absuelvo ni os condeno.

ESCENA IX.

URRACA. ZILA.

URRACA. ¿En donde estoy ? ¿Hasta dónde
 llega la desdicha mia ?
 Con buen intento venia ;
 mas mi fin no se me esconde.
 Ante el rey me llevarán !
 ante el airado marido !
 Tiemblo al esposo ofendido,
 tiemblo al rudo capitan.
 ¿Qué haré ? ¿Quién favor me presta ?
 que no hay valor para tanto.
 Mas este escudo..... ¡ Dios santo ! (*Reparando
 en el que hay sobre la puerta*).
 ¡ La tienda del rey es esta !
 Nada habrá que le desarme,
 ni el amor ni la amenaza:
 me está ahogando una mordaza
 y no puedo ni aun quejarme.
 Si con halago ó con oro... (*Mirando y aludiendo
 á Zila*).
 Mas ¿qué servirá que pida ?
 Estoy perdida , perdida :
 por primera vez hoy lloro. (*Se cubre el rostro*).
 ZILA. Audacia y astucia fué
 alistarme almugabar:

con este traje y ajuar
burlar á todos logré. (*Transición*).

Alfonso de aquí partió.

¿Huye ó busca al de Valencia?

Con poca gente, en su ausencia,
las tiendas tomaba yo.

Mas para esto á Zaragoza
avisar es menester.

Y ¿cómo? Si esa mujer...

Amargamente solloza:

teme que Alfonso la mate:

es su enemiga ¿quién duda?

Mas á ella pedir ayuda,

que es cristiana, ¿no es dislate?

URRACA. ¡Qué arriesgo, perdida aquí! (*Se levanta de pronto y al mismo tiempo avanza un paso*
Zila: los dos se contienen y se aproximan á un tiempo).

ZILA. En fin, á sondearla voy.

URRACA. Da miedo. (*Aparte*).

ZILA. Trémulo estoy. (*Aparte*).

Querías...

URRACA. Hablarte, sí.

ZILA. En mí desde ahora no veas
al adusto carcelero;
que á mí te confíes quiero,
y tendrás cuanto deseas.

URRACA. ¿Mas si tú me engañas?

ZILA. No.

URRACA. Raro es tenerte propicio.

ZILA. No: servicio por servicio
vengo á proponerte yo.

URRACA. De mí dispon, si me das
mi libertad, que es mi vida.

ZILA. ¿Tu libertad? Concedida.

De aquí al momento saldrás.

URRACA. ¿Mas cómo? ¡Adónde, ay de mí!

- ZILA. ¿Y si tus gentes me ven?
¿No peligro yo tambien
al quedarme acá sin tí?
Si llegas á aquella puerta (*La de la izquierda:
desde ella señala una lejana de la ciudad,
que se supone ser la de Valencia*)
donde una luz arde ya,
mi nombre á cualquiera da
y te será pronto abierta.
Al punto al palacio acudes
y dí al rey... Mas tú, cristiana,
¿con los tuyos tan tirana
serás. que en esto me ayudes?
- URRACA. ¿Y tú?
ZILA. Para que la digas,
con verdad á hablarte voy:
es, que cristiano no soy:
ahora dí si te me obligas.
- URRACA. Sí, como de ese perverso
me libres.
- ZILA. ¿Tan mal le quieres?
URRACA. El odio es en las mujeres
mas grande que el universo,
ZILA. ¿Le amaste, y él, inhumano,
te dejó con tu mancilla?
URRACA. No; mas en esta megilla
tengo aún marcada su mano.
- ZILA. ¿Y á qué viniste? ¿á vengarte?
URRACA. Soy contraria, y lo he de ser
del rey moro; mas poner
le quiero ahora de mi parte.
Aliado fué con mentira
suyo Alfonso, y le ha engañado:
yo contra él le quiero aliado;
vencido él, la alianza espira.
- ZILA. Pues tú puedes, mujer flaca...
URRACA. A nadie Alfonso más teme.

- ZILA. ¿Quién eres?
- URRACA. Con pasmo véme:
fui su esposa, soy Urraca.
- ZILA. Grandes tus agravios son.
Causa menor es la mia,
y aquí tengo esta gumía
para abrirle el corazón.
- URRACA. El costarte esos desvelos
agravio mortal arguye.
- ZILA. Aun de la herida me fluye
la sangre: mi causa es celos.
- URRACA. ¡Celos! ¡Cómo! (*Alarmada*).
- ZILA. ¡Me destroza!
Ama tanto á una mujer,
que, con riesgo de perder
la vida, entró en Zaragoza.
- URRACA. ¿Y es mora?
- ZILA. Sí.
- URRACA. ¿De linage?
- ZILA. El rey la llama su hija.
- URRACA. (*Aparte*) ¡La hará, porque más me aflija,
su esposa! ¡A mí tal ultraje!
- ZILA. ¿Le amais que os causa desvelos?
- URRACA. ¿No te dice mi furor
que si le odio es por amor,
pues que me matan los celos?
¡Si fué siempre descreido!
¿Y aun le temo y me acobardo?
Ya no salgo: aquí le aguardo.
- ZILA. ¡Por vuestro Dios os lo pido!
Salid y evitad su furia;
quede á mí nuestra venganza.
- URRACA. Y á tí ¿qué agravio te lanza (*Con desprecio*)
contra él? ¿Qué vale tu injuria?
Si en tus tierras, si en tu hijo,
si en tus vasallos, si en tí
se hubiera cebado, dí,

¿qué hicieras? ¡Ea! ya elijo quedarme aquí.

ZILA. ¡Desdichada!

¡Que nos perdemos los dos!
Idos.

URRACA. Venga aquí, y en pós que me pierda.

ZILA. Ya pues nada nos liga: alianza deshecha. Yo soy quien va á la ciudad.

URRACA. No.

ZILA. Pues al punto marchad.

URRACA. ¡Dejar aquí á quien le acecha! (*Aparte*).

ZILA. Es tirano.

URRACA. Pero hidalgo.

ZILA. Te últrajó.

URRACA. Mas con razon.

ZILA. Tus celos, celos no son.

URRACA. ¡Que si son! Pero no salgo.

ZILA. ¿Por qué?

URRACA. Porque soy yo sola quien puede á Alfonso ofender; pero su escudo he de ser contra todos.

ZILA. Pues bien: ¡hola!

URRACA. ¿Qué haceis?

ZILA. Que he sufrido ya harto.

Voy á publicar quién eres.

URRACA. Detente. Quien quier que fueres, respeta á Alfonso y áe parto.

ZILA. Lo juro.—¿Qué es la conciencia? (*Aparte*).

Nombra á Zila, y en llegando,

dí que Alfonso va marchando

por la vía de Valencia. (*Rumores*).

¿Qué es esto?

URRACA. Guia.

ZILA. Esperad:

ver tengo á mis gentes antes.

ESCENA X.

URRACA y ADELFA.

ADELFA. No hay que perder los instantes,
ó no vais á la ciudad.

URRACA. ¿Qué hay pues?

ADELFA. Los almogaváres
á un prisionero han oido
quién sois y á qué habeis venido.

URRACA. ¿Hay sobre mí mas azares?

ADELFA. Mas yo os daré un talisman.

Tomad y huid al momento:
con él en el campamento
paso todos os darán. (*Dale una sortija*).

URRACA. ¡Esto es peor! Y en tu mano
¿qué este anillo significa?

ADELFA. Sin mengua de vos se esplica:
no perdais el tiempo en vano.

URRACA. Serás tu acaso...

ADELFA. No, no:
solo soy quien aquí viene
porque hay peligro, y conviene
que todo lo afronte yo.

URRACA. ¿Mas tú eres la que el rey ama?

¡Si lo eres, pobre de tí!

ADELFA. Id á la ciudad, y allí
os diré quien es su dama.

URRACA. Pero ese anillo...

ADELFA. A las dos
precioso ha sido á la par:
con él aquí pude entrár;
con él podeis salir vos.

URRACA. Mas dime, ¿el rey te le ha dado?

ADELFA. Sálveos ahora y sin tardanza:
ya no es en mí una esperanza,
y en él vos la habeis cobrado.

URRACA. El pues mis pasos dirija,
que ahora columbró una luz:
mas halle Alfonso esta cruz
en cambio de su sortija. (*Déjala allí*).
ADELFA. Marchad ya, que Zila llega.
De mí no le habéis. Adios. (*Se esconde*).

ESCENA XI.

URRACA y ZILA.

ZILA. Esa gente contra vos
está de furiosos ciega.
No sé cómo os dé salida.
URRACA. Ni yo os la quiero deber.
Bástome yo. (*Váse por la izquierda*).

ESCENA XII.

ZILA.

Esta mujer
era un peligro á mi vida.—
¿Y si Abarca de improviso
viene y por ella pregunta?
En todo evento, la punta
de este hablará si es preciso. (*Aludiendo el puñal*)
Si Alfonso al combate ha ido
la jornada será corta:
que vuelva importa, no importa
si vencedor ó vencido. (*Pausa breve*).
La tardanza me impacienta;
la soledad me acobarda.
¡Tengo frío! ¡Cuánto tarda!
¡Cómo viene la tormenta! (*Silbidos y algun
ruido seco*).
¿Qué silba? Las flechas son.

¿Truenos de aquí contra el muro?

El cielo se cierra oscuro.

Así está mi corazón. (*Pausa*).

Él á Adelfa me arrebató;

él me ha tenido á sus piés;

él nuestro cuchillo es.

Si es poco, ¿por qué se mata? (*Rumores y después música lejana*).

Rumor oigo. ¿Qué será?

Viene. ¿Vendrá vencedor?

¡En triunfo llega! ¡mejor!

¡Viva Alfonso! (*Afuera*).

VOCES.

ZILA.

Morirá. (*Entra el rey en este instante, y parado en la puerta del fondo, despide á los que le seguían y dice el octavo verso á uno que estaba á su lado: desde entonces queda solo, y Zila en la entrada izquierda*).

ESCENA XIII.

ALFONSO, ADELFA, ZILA y soldados.

ALFONSO.

Todo á vosotros se debe,

que no fuí sino un soldado;

mas estando á vuestro lado

¿á qué el pecho no se atreve?

Mañana el triunfo celebro,

que habrá alarde y muy famoso.

Tomad ahora algun reposo:

dílo á los de allá del Ebro. — (*Vánse los soldados*)

La batalla ha sido fuerte,

y el barranco tal está,

que bien llamarse podrá

el barranco de la muerte.

Tres noches hace que en vela,

descanso no me concedo.

Rinde el sueño. Más no puedo.
Alerta tú, centinela. (*Se ha sentado en el taburete y ahora queda dormido allí ó en el lecho*).

ADELFA.

Yo centinela seré
que defienda acá tu vida:
no temas que amor te pida;
que ya tus secretos sé.
Mi pobre alma adivinó
en aquel soldado rudo
algo de grande que pudo
herirla, infamarla no.
Mas, pues es amarte más
dejar de amarte, reposa;
que entre tu amor y tu esposa
no he de cruzarme jamás.
Ya el corazón que en un punto
se abrió al amor, y á tu amor,
ha vuelto en sí, y es señor:
ya puedo estar de tí junto.
Duerme; que si infame daga
contra tu pecho se afila,
yo pondré el mio tranquila
para el golpe que te amaga.

ZILA.

Ya se ha traspuesto. — Ya duerme.
Mejor que pensé salió.
Pero, ¿ser su guarda yo,
y matarle tan inerme!
Mas ¿puedo de otra manera
en su propio campamento?
Esto es miedo. No hay momento
Zila, que perder. — Que muera! (*Mira al derredor y se acerca á Alfonso: dirige al puñal el segundo verso.*)

Héme ya de Alfonso en frente.
No tiembles en esta mano.
Rival, contrario, cristiano,
¡muere ya!

ADELFA. ¡Zila! detente. (*Adelfa ha' salido y se ha interpuesto rápidamente entre los dos: habla con voz baja, pero esforzada, desde el principio y en casi toda esta escena: ella y Zila estarán á la mayor distancia posible del rey*).

ESCENA XIV.

ALFONSO. ADELFA. ZILA.

ZILA. ¿Qué ángel malo aquí te guía,
que aumentas más mi furor?
¿Hasta aquí te trae tu amor
para mengua tuya y mia?

ADELFA. Vengo—¡aparta, horror me infundes!—
á salvarte de tí mismo.

Si le matas ¿en qué abismo
te hundes, y á todos nos hundes?
Huye: ven: conmigo parte.

ZILA. ¡Le amas! Perderme prefiero.

ADELFA. No le amo, no: ya no quiero
sino salvarle y salvarte.

ZILA. Muera el que en mi daño vive.

ADELFA. ¡Tigre! Mi voz ¿no te ablanda?

ZILA. Alá matarle me manda.

ADELFA. Adelfa te lo prohíbe.

ZILA. ¡Calla! Si por tí despierta...

¡Ni aun por salvarle me miente
amor! Aparta,

ADELFA. ¡Insolente!

Daré voces.—¡Estoy muerta! (*Aparte*).

ZILA. ¡Grita! ¡Grita! El mismo yugo
pesa en mí que en Amadola. (*Movimiento de
terror en Adelfa*).

Si me matan, tú eres sola
de tu buen padre el verdugo.

ADELFA. ¿Qué de mí quieres?—En tanto
que brille en tí ese puñal,
¡cómo amarte, hombre fatal! (*Este verso se dirá
de modo que infunda esperanza en Zila, el
cual se aproxima á ella muy animado, y por
esto no oye el alerta*).

ZILA. ¡Te infundo con él espanto!

VOZ LEJANA. ¡Alerta!

ZILA. Mas si perdono,
si te doy mano y valía,
y á tí sola, ¿serás mía?

ADELFA. ¡Tu esposa! No.

ZILA. Te abandono.

A todo riesgo voy ya. (*Se abalanza hácia el rey;
rechaza á Adelfa cada vez que ésta, ó le si-
gue, ó se ase de él, ó aun se arrodilla*).

ADELFA. ¡No!

ZILA. Ya no.

ADELFA. Yo te amaré.

ZILA. ¡Me engañas!

ADELFA. No. (*Con suma espresion*).

ZILA. Síguemé.

ADELFA. Tráele.

ZILA. Toma, pues. (*Dale el puñal*).

ADELFA. ¡Ah! ¡Ah! (*La primera escla-
macion es un suspiro que espresa la alegría
de su triunfo; la segunda es un grito recon-
centrado que espresa el dolor y la confusion
de verse sorprendida como criminal.—Zila
se traslada rápidamente á su sitio que será
entre la puerta de la izquierda y el lecho del
ángulo: á su derecha pero algo mas avan-
zada quedará Adelfa; á la derecha de ésta,
pero separado por la mesa, estará el rey; á la
derecha de éste estará Abarca; entre Zila y
Adelfa, pero mas atrás que los dos, se si-
tuará Ferrario: los soldados y caballeros se*

colocarán de la puerta del fondo á la de la derecha, y esta será la situacion de los actores durante la siguiente escena).

ESCENA XV.

Dichos. ABARCA. FERRARIO. Soldados.

VOCES. ¡Traicion!
ALFONSO. ¿Qué es esto? (*Despertando*).
ABARCA. El alerta
no ha corrido desde aquí. (*Cae el puñal à Adelfa*).
FERRARIO. ¡Un crimen!
ALFONSO. ¡Cielos! (*Reparando en Adelfa*).
ABARCA. ¡Qué ví!
ZILA. Tiembla si hablas. (*Siempre aparte*).
ADELFA. ¡Estoy muerta!
ALFONSO. ¿Cómo esta mujer entró?
Te voy á matar. (*A Zila*).
ZILA. Responde (*A Adelfa aparte*).
tú.
ADELFA. Con vuestro anillo.
ALFONSO. ¿En dónde
mayor deslealtad se vió?
ABARCA. ¡Y aun la amo! ¡Yo desvarío!
ALFONSO. ¡Fingir que me amaba ¡oh mengua!
para esto!
ADELFA. ¡Yo! (*Precipitacion*).
ALFONSO. Ten tu lengua.
ADELFA. ¡Padre, padre, padre mio! (*Desolada*).
¡Alfonso! (*Suplicante: Zila la contiene*).
ZILA. ¡Qué haces!
ALFONSO. ¡Pluguiese
á Dios que nunca te hablára!
Discúlpate, habla, declara:
nómbreme á cualquiera, á ese. (*Por Zila*).

- ADELFA. No, no. (*Asustada y vendiéndose*).
- ALFONSO. Dí algo que te abone,
algo que no te avergüence:
cualquiera causa me vence;
pero que yo te perdone.
¿La ves? ¡Aun no habla! (*A Abarca*).
- ADELFA. ¡Si quiero
que me mates solamente!
¿No ves que el pecho más siente
esa lengua que ese acero?
- ALFONSO. ¿Me has amado? Mas ¿qué miro? (*Ha avanzado
hacia ella, y ve sobre la mesa una cruz.*)
¡De Urraca esta cruz! Aquí
una mujer... (*A Abarca*).
- ABARCA. Presa, sí.
- ALFONSO. ¿Quién la sacó? (*A Zila: Adelfa, conociendo el
apuro en que Zila se halla, se culpa*).
- ADELFA. Yo.
- ZILA. Respiro. (*Aparte*).
- ABARCA. ¡Adelfa! ¿Eres tú culpable? (*A ella*).
- ADELFA. Abarca, no: pero calla. (*Tomándole la mano,
y despues desviándole*).
- ALFONSO. ¡Su cruz! ¿Qué nueva batalla
me espera? Mas ¿hay quien hable?
Sepa en qué lazo funesto
me teneis. ¿No hay quien confiese?
Urraca, Adelfa, tú, ese,
¿todos traidores? ¿Qué es esto?
¿Quién te ha hecho infame? (*Ya iracundo con-
tra Adelfa*).
- ADELFA. ¡Piedad!
- ALFONSO. Alza si puedes los ojos.
¡Ni aun mereces mis enojos!
vete, vete á la ciudad.
- VOCES. ¡Muera!
- ZILA. ¡Valor!
- FERRARIO. ¡Habla!

- ADELFA. No. (*Adelfa impone silencio á Ferrario, el cual se mezcla en los grupos. Abarca deja de pronto su actitud pensativa*).
- ABARCA. Callad, que á todo resuelto, pues Alfonso ya la ha absuelto, ahora la protejo yo.
- ALFONSO. ¿A defenderla te atreves? (*Con lástima y desprecio*).
- ABARCA. Mi boca razon no hallára; pero que otras son jurára otras las manos alevés. (*Desaparece Zila*).
Tendiera á mi padre aquí si él os pudiera ofender.
Cuando amo aun á esta mujer inocente es para mí. (*Ella le recompensa con su mirada: él se adelanta hácia ella, y de paso coje del suelo el puñal, á quien alude en lo siguiente*).
Al pecho del rey venia y yo al traidor lo destino; para abrirme hasta él camino, mi corazon será el guia.
Tomad, y alzád esa frente. (*A Adelfa dándole la mano: al salir nota la ausencia de Zila, pero Adelfa le obliga á no hacerla notar*).
¡Y ese centinela, díme!
- ADELFA. Zila.—No.
- ABARCA. ¡Mujer sublime!
¡Oh! me la llevo inocente.
- FERRARIO. El centinela ha escapado. (*Dice esto con alarma despues de haberse apercebido de ello durante los versos anteriores, y de asomarse al exterior. Alfonso dice lo que sigue con las transiciones necesarias*).
- ALFONSO. ¡Cielos! ¡Todo lo adivino!
Ese hombre era mi asesino,

y Adelfa de él me ha salvado.
Mas ¿quién tuvo ese ardimiento?
¿Cómo ella le defendía?
¿Fué de ese hombre la gumba, (*De pronto*)
y de Urraca el pensamiento?
¡Emblema de la pasión! (*Dirigiéndose à la cruz*)
háblame que no sé al verte
si eres símbolo de muerte
ó signo de redención.
Esta duda me destroza,
que gloria y vida va en ello:
diera un reino por sabello:
yo lo sabré en Zaragoza. (*Señalando al fondo*).

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Lujoso salón árabe en el palacio de la Zuda con divanes, pebeteros, fuentes, etc. : dos puertas á cada lado; las de la derecha que comunican con las habitaciones, y las de la izquierda con el exterior : otra entrada al fondo, en el cual se divisa jardín pomposo, y al fin el muro con algún torreón : otra secreta á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

AMADOLA y ADELFA.

AMADOLA. Ya no vaga en tus labios
cual antes la sonrisa :
ya junto á mí te encuentro
ó pesarosa ó tibia.
Si penas te acongojan,
¿ por qué las callas ? DÍlas :
yo más no quiero verte
sufrir, Adelfa mía.

ADELFA. No soy, padre amoroso,
de tus palabras digna :
miel tienes en tu boca,
y yo en mi pecho acíbar.

AMADOLA. ¿ Padesces ? Pues entonces
¿ por qué conmigo esquivas ?

Para tus goces busca
quien á tu lado ria:
para tus llantos quiero
que, al elegir, me elijas.

ADELFA. Soy de un aventurero
la huérfana...

AMADOLA. Eres mia.

Juréselo á tu padre
cuando perdió la vida;
y si por mí una lágrima
surcára tu mejilla,
creyérame tirano,
perdon te pediria. (*Adelfa le besa las manos*).

ADELFA. ¡Qué bueno eres, y cómo
tu voz á hablar me anima!
Mi desventura es mucha,
pero ¡ay! es merecida.

AMADOLA. ¡Ingrata! ¿y á tu padre
callada la tenias?
Dímela, y te prometo
en gozo convertirla.

ADELFA. Amor y odio ya sabes
que sin querer se infiltran,
y á su placer el pecho
contra razon dominan.
Yo mi cariño puse
con torpe alevosía
en el mayor contrario
que tus estados pisa;
y puse mis rencores
en quien contigo priva,
en el amir potente
que á esposo me destinas.

AMADOLA. ¡Qué es eso! (*Con estrañeza que Adelfa inter-
preta como enojo y por eso le interrumpe.*)

ADELFA. No te enojas,
ya de tu amor soy digna.

- AMADOLA.** ¿ A quién amaste ?
- ADELFA.** A Alfonso.
- AMADOLA.** ¿ A quién odias ?
- ADELFA.** A Zila.
- AMADOLA.** ¡ Comprendo cuánto alcanzan
la tuya y mi desdicha !
Mas Zila... ¿ á dónde llega
soberbia su osadía,
que así mi nombre usurpa
y el corazón te atrista ?
¿ Tenerme aun no le basta
á él impostor y espía,
entre las redes preso
que él propio me fabrica,
servido de las turbas
fanáticas que guía ?
¿ Aun no le basta tanto,
que contra tí maquina ? (*Se levanta*).
Aquí , pues , has de verme
pedirme de rodillas,
y yo mandar quitarle
su desdichada vida.
- ADELFA.** No : nunca , padre mio.
- AMADOLA.** Y aún con él compasiva.
- ADELFA.** No es por él ; si eso hicieras,
al punto moririas.
Los dos—él me lo ha dicho—
morireis en un día.
- AMADOLA.** El impostor te engaña :
sus artes son mentira :
con ellas el infame
al vulgo me alucina ;
con ellas cual serpiente
en tus oídos silba.
- ADELFA.** ¡ Cielos ! ¡ Y yo cuitada,
que por salvar su vida,
en noche bien funesta

- aventuré la mía!
- AMADOLA. ¿Tu vida á algun peligro
por mí pusiste?
- ADELFA. Aun vibra
en mis oídos ronca,
y airada con justicia,
la voz ¡ay! del que amaba.
¡Era yo tan infelice!
tenia aún en mis manos
la daga suspendida
sobre su pecho noble,
cuando él con paz dormía!
Viene gente, despierta,
atónito me mira:
yo estaba allí á su lado
sola, sola con Zila.
Salvarme el rey quisiera,
dolfale la víctima,
del crudo desengaño
punzábale la espina:
buscábame él defensas,
queríame él tranquila,
y yo , á todo inflexible,
callaba aunque gemia:
¡Dios mio, qué vergüenza
tenia de mí misma! (*Se cubre el rostro*).
- AMADOLA. Hablárás y en él solo
cayera la ignominia,
la muerte, la deshonra,
y no en tí, pobre niña.
- ADELFA. ¿No veis que le matáran,
y entonces morirías?
- AMADOLA. Ven, inocente mártir,
y junto á mí respira.—
Mas ¿cómo al campamento
fuiste?
- ADELFA. Supé que Zila

para matar á Alfonso
con un disfraz salia;
y, no sé si áun amante,
ó solo compasiva,
ó porque aqueese crimen
contra tu fama iba,
sentíme allá arrastrada,
llegué por maravilla,
asíme del inicuo,
quitéle la gumía,
salvé con mi deshonra
de su furor tres vidas.

AMADOLA. ¿Y cuándo á Alfonso amaste?

ADELFA. ¡Ay! Quiso mi desdicha
que un riesgo me amagára:

él me salva y me obliga:
su espada me hizo libre
y su valor cautiva.

AMADOLA. y tú al sentirte amante
¿que era el rey presumias?

ADELFA. Como soldado améle:
al rey nada me liga.

AMADOLA. Perdonó que á un soldado,
de tu pasión cautiva,
aunque enemigo, dieras
del alma las primicias;
mas, desde que es Alfonso,
no ya amor, si áun te inspira,
mas ni el recuerdo quiero
que en tu memoria viva.

ADELFA. Basta ya, padre mió:
tanto no necesita
para ser vuestra Adelfa
á vuestra voz sumisa.

Yo de mí, sin oiros,
que oiros bastaria,
por si áun aquí quedaba

un amor que es mancilla,
alcé entre mí y Alfonso
la imágen bendecida
de un hombre que me adora,
que á mí se sacrifica,
que dióme hidalgamente
mucho más que la vida,
que amar aun no he podido
mas que me lleva aprisa,
la gratitud primero,
despues... ¿quién lo adivina?

FERRARIO.

Zila. (*Anunciando*).

AMADOLA.

¡Zila! Que espere.

ADELFA.

No le quiero á mi vista.

AMADOLA.

A tu aposento ahora

tranquila te retira. (*Le toma la mano y dice
amenazante*).

Mas ahoga la insensata

pasion con quien aun lidias.

De ese incendio en tu pecho

no queden ni aun cenizas;

pues antes que sufrirte

de Alfonso favorita,

—¿ves, Adelfa, si te amo?—

pues bien; te mataria.

ESCENA II.

AMADOLA y ZILA.

AMADOLA.

Ferrario, que entre.

ZILA.

A tus plantas

me tienes, grande Amadola.

AMADOLA.

Grande sí, si no partiera

con otros yo mi corona.

ZILA.

Pues ¿qué es esto? ¿Porventura

- ya no es ella vuestra toda?
- AMADOLA. Firme aún está mi cabeza,
y ese peso no me agobia;
mas, sin miedo á mi justicia,
quiere alzarse, y se alza otra.
- ZILA. ¿Sabrá Amadola qué estuve (*Aparte*)
lidiando contra sus tropas?—
Al disimulo no apelo.
¿Hay quien rebelde me nombra
en el motin que unos pocos
movieron en Zaragoza?
- AMADOLA. No : ni rebelde ni amigo
te tuve entonces : se ignora
qué fue de tí en aquel día,
y en verdad que eso es deshonra.
- ZILA. ¿ De qué habláis pues ? Pues prometo
que en nada os falto.
- AMADOLA. De cosas,
y ya el silencio es en balde,
que unas al Estado tocan,
y otras, teniendolo entendido,
tocan solo á mi persona.
Sé que antojadizo el vulgo
en tí contra mí se apoya ;
parciales tuyos son siempre
los que el reino me alborotan ;
veneno activo derrama
en sus oídos tu boca ;
y apenas sé de quien debo
defender más mi corona,
si de Alfonso, que me sitia,
ó de tus bárbaras hordas.
Esto como rey te digo,
y tómallo en tu memoria :
y te digo como padre
que nunca los ojos pongas,
ni el lábio, ni el pensamiento,

ZILA.

en la hija de Amadola.
Harto mal con las palabras
estais pagando las obras.
Alá quiera que otro os sirva
con más dicha que el que arrostra
gustoso por vos la muerte

y en estas injurias cobra.

¿Sabeis dónde estuve cuando
el motin rujia en cólera?

Cruzando por vos mi espada
contra Alfonso en Zaragoza.

¿Sabeis de dónde ahora vengo,
perseguido por vil tropa
de cristianos que iracundos
casi hasta el muro me acosan?

De las tiendas enemigas,
donde toda audacia es poca
para intentar lo que yo

en servicio de Amadola;
donde aunque fuera fortuna
(que no fué) conmigo próspera,
era para mí la infamia
y para vos la victoria.

¿Sabeis qué pasa en el campo?

Pues pasa que ha pocas horas

Alfonso á los de Valencia

ha puesto en brava derrota,

cuando él debió sorprendido

morir en su tienda propia.

AMADOLA.

Agravios contigo tengo,

mas al oír de tu boca

que Alfonso á las puertas llama,

te convidó á ganar gloria.

En ellas has de encontrarme;

y tu gente revoltosa

veré si es allí tan recia

como fué contra Amadola.

- ZILA. Aun es tiempo á la venganza;
quizá aun no sonó la hora
que cristianos alfaques
en sus templos ya pregonan:
quizá de los Aben-Húdes
la estrella antes luminosa
con vos aun no se disipe
del firmamento en la bóveda.
¡Quiéralo Alá! Muera Zila
si á vuestros planes estorba;
dadle puesto en el combate
con los últimos si importa. (*Va á salir: Amadola le detiene*).
- AMADOLA. Esperá. ¿Qué significa
mi orgullo cuando zozobra
el reino todo, cual nave
batida entre opuestas rocas?
Tú los escollos me muestra
desde lo alto de la proa:
todos juntos somos pocos
para luchar con las olas.
- ZILA. (*Aparte*). Triunfé ya.—Quiera el Profeta
bendecir hoy nuestra obra.
- AMADOLA. Hoy viene Alfonso á palacio,
que ha pedido hablarme á solas:
si la ciudad me demanda,
le diré cómo se toma.
- ZILA. (*Aparte*). ¡Alfonso! Entrará, mas luego...
yo sé lo que hacer importa.—
Dejadme de los cristianos
que habitan en Zaragoza
poner los pasos á raya,
que ya es su insolencia loca, (*Transición al ver
á Urraca*).
- AMADOLA. ¿De Adelfa hablas?

ZILA.

No ; de Urraca.

Vedla : en el umbral asoma. (*Váse Zila : Amadola se adelanta á recibir á Urraca*).

ESCENA III.

URRACA. AMADOLA.

AMADOLA.

El reposo no he querido
turbaros.

URRACA.

(*Aparte*). ¡ Triste de mí !

— 1001 —

Pensando en esos amores
del rey, ¿ cómo he de dormir?

AMADOLA.

Pero ahora en que ya repuesta
os contemplo...

URRACA.

Si pedis
que os diga cuáles motivos
me traen con peligro, oid.
Como el camino más corto,
y aun acaso el más feliz,
es hablar solo verdad
y sin político ardid,
seré con vos tan sincera,
que en vos sería hasta vil,
después de entenderme franca
á la asechanza acudir.
Un ejército he dejado
á dos jornadas de aquí:
en cuatro dias le pongo
contigo ó Alfonso en lid:
de qué lado he de inclinarle
no te lo puedo decir.
Reinos tengo que dependen
— que soy su reina — de mí;
y va sobre mi conciencia
defenderlos varonil.
Recelan mis caballeros

que, si Alfonso triunfa aquí,
conquistará nuestras tierras
hasta el último confín:
razones de estado, pues,
movieron á ellos y á mí,
á armar cuanta gente pude
y en son de guerra venir.

AMADOLA. Con eso no me habeis dicho
sino el principio.

URRACA. Es el fin
—de mis soldados, no el mio—
pactar una alianza aquí;
que tú y nosotros tenemos
bajo un yugo la cerviz.

AMADOLA. Decidme, pues, de una vez
si ya en ello consentís.

URRACA. Me obliga el bien de mi reino,
me incitan porffias mil:
pero aliarme con rey moro,
por todo el oro de Ofir
no quisiera.

AMADOLA. ¿Sois mejor
acaso que el mismo Cid?
Él fué, pues, aliado nuestro,
y aliado nuestro entró aquí.

URRACA. Mas serlo contra ese hombre,
contra él, que es mi esposo al fin,
¿qué ley tirana de estado
me lo puede consentir?

AMADOLA. ¿No os ha ultrajado, de celos
en su arrebató febril?

URRACA. Dejadle, que siempre tiene
razon un esposo; y ruin
fué quien me hizo ser rebelde;
que ha sido hacerme infeliz.

AMADOLA. Si amor áun teneis á ese hombre,
si le respetais así.

- si á todo ruego sois sorda,
entonces ¿á qué venis?
- URRACA. Obligada por los míos,
forzada me ví á partir
de mis reinos ; mas , ya estando
á no gran trecho de aquí,
adelantéme yo sola
con pocos.
- AMADOLA. Mas ¿ con qué fin ?
- URRACA. Quise ganar un sagrado,
citar á mi esposo allí ;
y si mi apoyo aceptaba,
dársele yo tan gentil,
que , ó me debiese su triunfo,
ó me viese acá morir.
- AMADOLA. ¿ Y él aceptó ?
- URRACA. Gente suya
levantisca del país
prendióme , supo quién era,
movió en el campo motin,
y , ya en peligro mi vida,
tomé salvacion aquí.
- AMADOLA. Yo os doy por dama y cuitada
amparo ; pero ¿ es decir
que habeis venido enemiga ?
- URRACA. No tendré como Judith
el heroismo de serte
enemiga , puesta aquí ;
pero ¡ ah ! si Alfonso me llama,
si oigo sonar su clarín
y me admite á sus banderas,
¿ cómo he de oir tu añafil ?
(*Aparte*). Y sobre todo ¡ gran Dios !
si no ama á otra , cual la vid
me enredaré entre sus brazos
que en hora infausta perdí!
- AMADOLA. ¿ Y si él os rechaza ?

URRACA.

Acudo

mis deberes á cumplir
como reina : para entonces
tendrá ya que ser que en tí
ponga yo , como los míos,
mi presente y porvenir.

AMADOLA.

Eso será ; que en Alfonso
nada alcanzareis al fin.

URRACA.

¡Qué dice!—¿Pues sabes tú algo?

(Aparte). ¡Por qué modo tan sutil
me hace entender que su ahijada
ama á Alfonso!—Pues oid:

antes que el sol de mañana

toque ardiente en el cenit,

sabreis si teneis rival

ó el mayor amigo en mí.—

Ardo en deseos de verla.—*(Este verso aparte)*.

Amadola, ¿permitís

que hable yo á Adelfa ?

AMADOLA.

Esperarme

suele á esta hora en el jardín;

pero antes no se termina...

URRACA.

No : llevadme.

AMADOLA.

Vendrá aquí. *(Vase por el fondo)*.

ESCENA IV.

ADELFA. URRACA.

URRACA.

Aunque apagada en el ara

por mí la antorcha nupcial,

sueño con esa rival.

¡Ay! ¡Si Alfonso no la amára!

¿Será Adelfa la mujer

á quien la vida debí?

Tenia su anillo : sí.

¡Pero ella! no puede ser. *(Aparece Adelfa, y se dirige humildemente á Urraca)*.

- ¡Héla aquí! Toda la ira
que cabe en mi corazón
siento al verla. ¡Hermosos son
los ojos con que me mira!
- ADELFA. ¡Señora! Con sobresalto
vengo á hacer os homenaje. (*Se inclina como
para arrodillarse, y Urraca se lo impide di-
ciéndole sarcástica*).
- URRACA. No: no es bien que á mí se baje
quien nació para tan alto.
- ADELFA. Yo soy huérfana y soy pobre,
y todo á mi rey lo debo:
vos princesa, y no me atrevo...
Dejad que antes me recobre.
- URRACA. La amára si él no la amase. (*Aparte*).
¿Te dijo el rey quién soy yo?
- ADELFA. Vuestro nombre en verdad nó,
mas díjome vuestra clase.
- URRACA. ¿Es hipócrita ó es buena?
Porque mal se compadece
su pasión que la envilece
con su rostro que enagena.
- ADELFA. Quisiera alfombrar de flores
para vos esta mansion:
si algo quereis, todos son
aquí vuestros servidores.
- URRACA. (*Aparte*). Su voz mis iras acalla;
mas ¿será doblez? Ya dudo.
Su rey decirle no pudo...
voy á romper la batalla.—
Feliz me haces á tu lado,
mas ese trato conmigo
¿es voluntad al amigo
ó lástima al desdichado?
- ADELFA. Aun no me honra esa amistad;
ni desdichas áun os sé;
á no ser desdicha...

- URRACA. ¿Qué?
- ADELFA. Ser nuestra la voluntad.
- URRACA. Mas ¿no te fermenta el ódio
que en tu raza se atesora?
- ADELFA. Yo amo á todos : aunque mora,
tengo yo mi ángel custodio.
- URRACA. (*Aparte*). ¿Qué más claro puede hablar?—
¡Y ese ángel será cristiano!
- ADELFA. No lo sé : me da la mano,
y solo me enseña á amar.
- URRACA. Pues yo sé que odias.
- ADELFA. ¿A quién?
- URRACA. A Zila.
- ADELFA. No es ódio , es miedo.
- URRACA. Si quieres decirte puedo
la causa de tu desden.
- ADELFA. ¿Cómo es que sabe... (*Aparte*).
- URRACA. (*Aparte*). El semblante
Se la muda. ¿Qué más busco?
- ADELFA. No sé por qué , mas me ofusco :
no la quisiera delante.
- URRACA. Esa confusion te vende.
Amas y tu amor no es digno.
- ADELFA. No amo ya ; mas me resigno ; (*Aparte*)
que con razon me reprende.
- URRACA. Finges candor y conoces
bien del amor los secretos :
ya contigo no hay respetos,
tu rostro te culpa á voces.
- ADELFA. ¿Qué decis ? ¿Y cuáles son
los secretos de que hablais ?
No os entiendo , pero estais
rasgando mi corazon.
- URRACA. Le habrás artera hechizado
de sus hombros suspendida :
te habrá ofrecido su vida ;
se la habrás tú perdonado.

Le habrás... Mas oye, sirena;
ese amor, no me lo has dicho,
¿es insensato capricho,
ó es astucia sarracena?
ADELFA. O no acierto á comprenderos,
ó no cuadra ese lenguaje
á dama de tal linage
cual vos... cuando vine á veros.
Desprecio, olvido la ofensa,
y ya con vos ni aun me irrito:
pensais de mí tal delito,
que es delito en quien lo piensa.
URRACA. ¿Y me insulta la rapaza?
ADELFA. ¿Quién os tiene ya respeto?
Si os oye el rey, os prometo (*Señalando la derecha*)
que os ponía una mordaza.
URRACA. ¿Y él te consiente ese amor?
¿Famosamente lo hace!
Si en morosa...
ADELFA. Mira que nace
hasta el crimen del furor.
No me le ultraje tu lengua,
ó no respondo de mí.
URRACA. ¿Qué es eso!
ADELFA. Que no nació
para sufrir tanta mengua.
URRACA. ¿Es poca dar tu alvedrío
al verdugo de tu raza?
ADELFA. A nadie nada me enlaza,
mas fué noble el amor mio.
URRACA. ¿No le amas ya?
ADELFA. Si mi amor,
siempre puro y verdadero,
diera á cualquier caballero,
no á Alfonso el Batallador.
URRACA. ¿Su grandeza te humillaba,

- ó su nombre te ofendía?
- ADELFA. El amor que yo tenía
hasta él, sobre él me elevaba;
mas quien su nombre ya sabe
fuerza es que mire por él:
en ese vaso de hiel
bálsamo de amor no cabe.
Dijéronme «ese soldado
es Alfonso.» ; Y en un punto
en él miré todo junto,
el héroe y el desdichado!
- URRACA. Dios le ha dado esa lealtad
y Urraca dichas le niega.
En malos lábios me llega
la verdad, pero es verdad. (*Con amargura*).
- ADELFA. Humilde y triste la miro. (*Aparte*).
Si á Alfonso la restituyo
¿qué más quiero si es el suyo
el solo bien á que aspiro?
- URRACA. Ven á mí, mujer estraña : (*De pronto*)
tú altivo semblante es tal,
que arguye que eres leal
y que tu boca no engaña.—
Que amaste un instante dices,
y que tu amor apagaste.
¿Qué esperas de ese contraste?
- ADELFA. ¡Qué espero! Haceros felices.
- URRACA. ¿Pero tú á perpétua guerra
con tu pecho te resignas?
- ADELFA. Urraca, las obras dignas
tienen premio hasta en la tierra.
- URRACA. (*Aparte*). Postrando está mi altivez :
su misma humildad la eleva :
la amante ventaja lleva
sobre la esposa esta vez.—
Una duda aun me acobarda;
perdóname si aun te humillo.

Mujer que guarda el anillo
del rey sus secretos guarda.
Esa mujer me salvó,
y ofreció decirme á quién
ama áun Alfonso.

ADELFA. Pues bien:
esa mujer era yo.

URRACA. ¿Tú me salvaste?

ADELFA. Yo, sí.

URRACA. Entonces ¿cómo se llama
del rey Alfonso la dama?
¿Tú eras?

ADELFA. No.

URRACA. Su nombre dí.

ADELFA. (*Aparte*) ¡A quien sino á tí fué fiel!—
Esa mujer,....

URRACA. Bien; concluye.
¡Mi esposo!

ADELFA. ¡Mi padre!

URRACA. Huye.

¡En dónde me oculto de él! (*Urraca colocada
en la derecha ha visto de pronto por el fondo
izquierdo á Alfonso; Adelfa en la parte
opuesta á Amadola: corren á ocultarse cada
una por su lado en el primer término y los
reyes salen por el segundo*).



ESCENA V.

ALFONSO y AMADOLA.

ALFONSO. ¿Aun no me anuncio, y á mi encuentro sales?

AMADOLA. Díjomelo el instinto: aquí me tienes.

ALFONSO. Te aprecio, aunque enemigo, en lo que vales:
te he visto resistir recios vaivenes.

AMADOLA. No me hace tu lisonja lisonjero.

Y, si no tu valor pondré yo en duda.

sufre de hoy mas que, aunque olvidarla quiero,
tu alianza rota á mi memoria acuda.

ALFONSO. De mi venida harás que me arrepienta.
¿Tíenesme en tu palacio, y desarmado,
y tú siempre cortés ni aun eso en cuenta
tomas, y de traidor me has saludado?

AMADOLA. Harto sabes que he sido tan tu amigo,
cual tuyo no lo fué ningun cristiano :
tú de mi abnegacion eres testigo ;
tú me perdiste al estrechar mi mano.

* Al bravo emperador de almoravides,
* á Abdalla que del cerco me liberta,
* á mis más esforzados adalides,
* cerré por tí de mi amistad la puerta.
* Por tí fuí de los míos destronado,
* tú por mí vencedor hoy te levantas ;
* y cuando oficios pido de aliado,
* pídesme tú mis reinos á tus plantas.

ALFONSO. Cierto, no merecias que el destino
me pusiera inflexible de tí enfrente ;
si contra el cielo hubiera algun camino,
no luchára mi gente con tu gente.
Soy de mis pueblos todo, mio nada ;
y aquesta esclavitud por nada trueco :
quiero no mas tener que su alma honrada,
quiero ser solo de su voz el eco.

AMADOLA. ¿Qué dices?

ALFONSO. Que al ceñirme una corona,
la corona que fué de Íñigo Arista,
coronóse Aragon en mi persona,
y en mí vino á cifrar su reconquista :
que la cruz por vosotros eclipsada
con vívido fulgor las nieblas hiende,
y España de vosotros asaltada,
doquier ya fuerte, el esterminio emprende :
que de Oriente la luz se hunde en su ocaso ;
que ya Jerusalem libre respira,

que á Toledo las huestes se abren paso,
y el pendon castellano ondear se mira :
que yo juré á mi padre moribundo,
y en pos á su hijo en Alcoraz triunfante,
ó ser en Zaragoza asombro al mundo,
ó de sus muros perecer delante.

AMADOLA. Si aquí viniste á mi lealtad fiado,
seguro entraste, cual saldrás seguro :
si viniste á pedir cetro y estado,
véte, Alfonso, á tus tiendas y yo al muro.

ALFONSO. Digna es de mí tu hidalga bizarría,
y todo contra tí será glorioso :
ó en tu alcázar poner la enseña mia,
ó morir en la empresa generoso.
Mas no á saber de tus intentos vine,
ni de guerra ó de paz soy mensajero.
No hay quien sepa de tí, que no imagine
que te habia de hallar buen caballero.

AMADOLA. ¿Pues otro asunto á Alfonso merecia
venir con ese riesgo á la alcazaba?

ALFONSO. Asunto es tal, que solo yo podia
tratar con Amadola.

AMADOLA. Bien : acaba.

ALFONSO. Urraca en la ciudad ha penetrado,
y ella debe de ser huéspedada tuya.
¿Es esto cierto?

AMADOLA. Téngola á mi lado:
no lo niego.

ALFONSO. No esperes que te arguya,
ni que quiera saber si aquí con dolo
vino á dar su amistad á mi enemigo ;
pero es esa mujer tan mia solo,
que como esclava huida la persigo.
Yo apelo á tu lealtad...

AMADOLA. La perderia
con sólo que hablar más te consintiera:
motejarme, retarme ya podria

de mal nacido y de felon cualquiera.
ALFONSO. Contempla que lo mio en paz te pido.
AMADOLA. Prefiero de la guerra los reveses.
¿No ves que era tener medio rendido
á quien ya sin honor dejado hubieses?
ALFONSO. Pues bien : si un falso honor de tí reclama
que á tu conciencia tomes, caballero,
lo que entiendes amparo de una dama,
yo penetrar en tu conciencia quiero.
¿Es, díme, á la mujer despavorida
ó á la reina orgullosa á quien defiendes?
¿Es que temes hidalgo por su vida,
ó es que, aliados los dos, á ella te vendes?
Tú tan noble en negarme lo que es mio,
¿cómo en ese consorcio tan cobarde?
Mas uníos los dos, yo os desafío :
mañana aunque me implores será tarde.
¡Paso ! A buscarla voy. (*Va hacia la derecha*).
AMADOLA. Aquí detente.
URRACA. Aquí me tienes. (*Con humildad pero nobleza*).
ALFONSO. (*Aparte*). ¡Su valor me abisma !
AMADOLA. Cumplí cual bueno: voy á darle gente
que le honre y guarde hasta su tienda misma.
(*Vase por la izquierda*).

ESCENA VI.

ALFONSO y URRACA.

ALFONSO. ¡Habla ! Quien tiene como tú osadía
y así el peligro sin temor afronta,
bien puede alzar su voz como sus ojos.
Habla : la furia mia
yo no sé quién enfrena : necesito
oir tu voz para que al punto estalle
del pecho airado el comprimido grito.
¡Dónde te encuentro y cuándo ! De seguro

quiere perderte Dios cuando te ciega;
cuando tus pasos á mi campo guia
y á mi justicia vengador te entrega.

URRACA. Aunque el lazo rompió que nos unia
el que en nombre de Dios ata y desata,
te hago mi juez. Castígame si quieres,
mas deten esa lengua que me mata.

ALFONSO. ¿A mi furor aun ósa
diques poner la rebelada esposa,
la infiel cristiana que al infiel se acoje,
la que es, si más que reina envuelta en oro,
menos aún que mujer en su desdoro?

URRACA. Hasta ese ódio implacable te resisto,
ya que en tí no hay clemencia:
mas dí si nunca has visto,
cual hoy, á Urraca humilde en tu presencia.

ALFONSO. (Ap.) ¡Es verdad! ¿Es que el crimen la acobarda,
ó es que á mis brazos vuelve arrepentida?
Saberlo quiero: el desengaño tarda,
y de su lábio ¡ay Dios! pende mi vida.—
¡Pues qué! ¿tu sola estancia acá en la Zuda,
consiente acaso de tus planes duda?

URRACA. En tu tienda me hallarás, que á eso vine,
si no mi vida amenazada fuera.

ALFONSO. ¿A mí venias?

URRACA. Con peligro propio
dejé á los míos casi en tu frontera.
Ellos á combatirte me han traído;
mas yo avancéme á tí, por si aun cabia
alianza entre los dos.

ALFONSO. ¿Que no has venido
á buscarla en el moro?

URRACA. Alianza mia
nunca nadie tendrá si tú la quieres;
y aunque á todo la guerra da derecho,
fuera preciso que, ultrajada dama,
tuviera que ser reina á mi despecho.

ALFONSO. ¿La habré culpado sin razon? Señora
va haciéndose de mí. ¡Gran Dios! Hacedla
de todas mis sospechas vencedora.—
¡Urraca! y á tu lado

¿no has hallado un reptil en tu camino,
que cauto junto á mí se ha deslizado
para ser en mi tienda mi asesino?

URRACA. Sí.

ALFONSO. ¡No lo niega!—¿Aciago pensamiento
cupo en tí, de pavor ú ódio movida,
que te hiciera su cómplice un momento?

URRACA. Para esa cruel pregunta (*Dignidad y emocion*)
no hay humildad, que la humildad afrenta.

ALFONSO. Altiva y no culpable quiero verte.

URRACA. Reina soy, libre soy; yo de mí cuenta
solo debia á Dios, y á tí la he dado;
y para á tí llegar, he despreciado
el eco de cien lenguas que me hablaban
de mi cuitado hijo
que quisiste matar...

ALFONSO. ¿Quién eso dijo?

Quise arrancarlo á tu infeliz crianza;
que fuese hombre primero,
y luego de sus pueblos la esperanza;
que, de Aragon en la preciada escuela,
aprendiera á ser rey sin tu tutela.

URRACA. Y quisiste mis tierras de Castilla
á ley atropellarme de tirano;
y, aun roja en mi mejilla
te arrojaste á poner tu impura mano;
y lanzásteme así, de ira loca,
al escándalo inmenso de una guerra,
que fué en los dos un crimen á la tierra.

ALFONSO. ¡Qué recuerdo infernal tus lábios guia!
Pues díme: aunque es tan grande tu osadía,
y es tal que hace posible lo imposible,
¿osará pronunciar tu torpe lengua

- el nombre del traidor que tú á la frente
pusiste de tus haces en tu mengua?
¿Olvidas quién ha roto nuestro enlace,
y que el vulgo insolente
en libres coplas tu opinion deshace,
y que, al ir tú en su boca,
parte, toda la afrenta á mí me toca?
URRACA. Calla, ú obligarás (que más no puedo)
á que rompa sus frenos el orgullo.
¿Héte yo recordado por ventura
que tú, cediendo al amoroso arrullo
de una pasion que te asaltó en mal hora,
de tí y aun de tu ley te has olvidado,
y amor pones que á Urraca nunca has dado
á los piés ¡oh vergüenza! de una mora?
ALFONSO. Eso no: yo mi nombre no he manchado
con otro amor. (*Con solemnidad*).
URRACA. (*Gran interés*). ¿Tu corazon no diste,
Alfonso, á una belleza musulmana?
ALFONSO. No: y era luz que súbito en mí triste
riyó como el albor de la mañana.
URRACA. Mas ¿vive en tu memoria?
ALFONSO. Bien puedo pregonar esta victoria;
que el no caer ante sus piés rendido
del honor y el amor milagro ha sido.
URRACA. ¿Del amor? ¿De qué amor? ¿Del mio, Alfonso?
ALFONSO. ¿Pues puede otro caber en rey cristiano
que el que juró en el templo al dar su mano?
URRACA. ¡Ay, infeliz! ¿Qué luz hasta mí llega,
que me ha dejado con sus rayos ciega?
Cuando él á su despecho lo proclama,
y me lo dice á mí... ¡cuánto me ama!—
¡Alfonso! ¡Alfonso! Ya de mí dispones:
amor, perdon, dolor: dáme algo tuyo,
como no á tu desprecio me abandones.
ALFONSO. ¡Me amaba! ¡Tuvo celos! ¡Ah qué asalto
das á mi corazon, que está en su tumba

de sávia codicioso , de aire falto !
URRACA. Roma pudo fraguar nuestro divorcio, (*Rapidez*)
pero yo te amé más desde aquel dia :
pudo mi pueblo declararte guerra,
mas yo en ella busqué la muerte mia :
pudieron insolentes mis magnates
traërme contra tí , pero yo vine...
vine aquí porque me ames ó me mates.
(*Enternecida*).

ALFONSO. ¡Me amaba! ¡Y yo tambien! ¡Dios me proteja!
Me siento vacilar : llevar se deja
de la piedad mi corazon cobarde.
Díceme Dios que para el llanto puro
para el perdon del hombre nunca es tarde.
Mi corazon es otro, ¡qué vergüenza!—
Háblame tú , que quiero
ó que me vuelvas al furor primero,
ó que del todo tu pasion me venza.
Dios es más grande que los hombres. ¿Quieres
que en honra suya, que, del pueblo en aras,
pues todo al sacrificio nos convida,
volvamos , tú á la paz y yo á la vida,
los dos del corazon á los placeres,
perdonados los dos ? Mi mano es esta.

URRACA. ¡Oh! Bendito mil veces. Tú levantas (*Le besa
las manos*)
hasta tí mi humildad con estos lazos.
Déjame que mi error lllore á tus plantas (*Se
arrodilla*)
para poder ser digna de tus brazos.

ALFONSO. ¿Pues no te ha dicho el corazon , Urraca,
que esperándote en ellos he vivido? (*La abraza
durante este y los dos siguientes versos*).

URRACA. ¡Dios mio! ¡Gracias! ¡Gracias! ¡Estoy loca!

ALFONSO. No sabe esto gozar quien no ha sufrido.

ESCENA VII.

Dichos, ADELFA, ZILA y ABARCA: al fin soldados á su tiempo.

ADELFA. ¡ Felices son los dos ! Ya soy yo honrada. —
¡ Alfonso ! Urraca...

URRACA. Ya me ha dicho Alfonso
quién fué siempre su dama. ¿ Es bien que os diga
quién ha de ser ya siempre vuestra amiga ?

ADELFA. Porque lo soy, á preveniros vengo (*Adelfa y los
demás miran con inquietud al fondo*)
que Zila quiere al campo acompañarte,
que en ese honor va envuelta aleve trama,
y yo contra ese plan fuerzas no tengo.

(*Ansiedad*).

URRACA. ¡ Ah ! ¿ Posible será que ahora del fondo
de esta felicidad brote la muerte ?

ALFONSO. No da Dios tanto bien para más pena.
¿ Qué á tu lado no haré por no perderte ?

ADELFA. ¡ Allí está Zila ! (*Aparece en el fondo : Alfonso
se acerca en la izquierda á un grupo de ar-
mas como para tomar de ellas en caso nece-
sario*).

ZILA. Vengo, rey cristiano,
á ser escudo tuyo hasta las tiendas.

ALFONSO. Avanza más, ó aléjate, villano.
No quiero que de nadie me defiendas.

ZILA. Mándalo el rey.

ADELFA. Detente : si aquí llegas,
tu insolente cabeza á mi voz sola
cortará de tus hombros Amadola.

ZILA. El rey ausente está, la Zuda es mia,
y Abul Tagfin ya está en la Aljafería.
Mis gentes en la puerta nos esperan:
con ellas vuelvo.

ADELFA. Intentaráo todo.

ALFONSO. ¿Y es este de Amadola noble modo
de dejarme en su alcázar? Mas yo os juro
que, si aquí no me ha dado buen seguro,
he de bastarme yo contra traidores. (*Coje una
maza*).

ADELFA. ¡Por piedad! No á mí rey así desdoras.
Si él estuviera aquí, Zila muriera,
con que su aliento solo te ofendiera.
Llamaré á mis esclavos: un alfanje (*Aludiendo
á sí misma y á Urraca*)
blandiremos tambien: vendrá Ferrario...

ALFONSO. Ya se oyen: voy á ellos.

URRACA. ¡Temerario! (*Detenién-
dole.—En este momento aparece Abarca en
una puerta secreta de la izquierda: Adelfa
se dirige á él muy benévolamente: los rumo-
res continúan cada vez más próximos*).

ADELFA. ¡Abarca! ¡Siempre tú! Ya nada temo.
ABARCA. Esta secreta puerta (*Con rapidéz*)
á calle angosta y hasta aquí desierta
nos conduce. Ferrario en ella aguarda.
Al cabo de esa calle
está el barrio cristiano: en el momento
de allí á la mina, de ella al campamento.

ALFONSO. ¿Y he de volver la espalda á ese malvado?
ADELFA. Sal pronto.

URRACA. Ven.

ABARCA. Señor, ¡que sois perdido!

ALFONSO. Por esta puerta hoy salgo recatado;
mas juro que, ó se apaga aquí mi estrella,
ó en triunfo entro mañana por aquella. (*Alfonso,
asido y empujado por los tres hasta la puerta
secreta, dice desde ella los tres últimos ver-
sos refiriéndose en el tercero á la del fondo:
Adelfa cubre aquella: aparece Zila.*)

ACTO CUARTO.

Parque : á la derecha átrio del acto anterior ; al fondo y parte de la izquierda muro con andén y escalera que sube á él : en el ángulo ó más acá torreón practicable con bandera : catapultas en el muro, y otras máquinas y montones de piedras en el andén y en la escena : varias entradas laterales. Es de noche , pero concluye el acto á la salida del sol.

ESCENA PRIMERA.

FERRARIO.

¡ Qué noche ! ¿ Cómo es posible
que nada nuevo se intente ?
¡ Buenas están las veredas !
Y á mas , ¡ si á uno le parece
que los piés no tocan tierra
y las manos se le duermen !
Dos años en esos campos,
y empeñarse ahora en diciembre...
¡ Y qué diciembre ! No fuera
tan terrible ni hecho adrede :
será el mil ciento diez y ocho
recordado por sus nieves :
¡ Dios permita que otras cosas
mejores nos le recuerden !

ESCENA II.

FERRARIO y ADELFA.

ADELFA. ¿ Tú sabes del rey, Ferrario ?

FERRARIO. ¿ Quién es capaz , si no tiene
alas en los calcañares,
de seguirle ? Há rato fuése.

ADELFA. Mas ¿ á donde ?

FERRARIO. A todas partes.

¡ Si está que parece duende !
No hay rincon ni recoveco
ni puesto en que él no penetre.
Y es lo menos que estuviera
alerta con sus infieles ;
pero va adonde hay más hambre
y más aprieta la peste,
y á este da, y á este consuela,
¡ y si le atrapa la fiebre !

ADELFA. Ferrario, como á eso obligan
del rey bueno los deberes :
en donde él lleva la vida
no ha de darle Dios la muerte.

FERRARIO. Así sea : y ahora oid
lo que de Zila se teme.
Ya sabeis que doña Urraca
salió en busca de su gente,
ganosa ya de ceñirse
junto á su esposo laureles.
Mas ahora sabed que Zila
á gran correr de aquí fuese,
y á pocas horas ya estaba
en plática con el jefe
de las tropas que ahí vinieron
sobre Alfonso á sorprenderle.
El plan (oíselo todo

en la mezquita á ese aleve)
es que Alfonso derrotado
sea hasta Amadola puente:
es triunfar de los de afuera
y despues dar aquí leyes.
Ya saben ellos que Alfonso
traerá al punto sus arietes:
Zila espera que en el muro
todo su valor se estelle;
y si esto consigue Zila,
y atrás Alfonso el pié vuelve,
á su espalda otro enemigo
ya rehecho le acomete,
antes que Urraca los suyos,
distantes aún, acerque;
y ¡adios rey de los cristianos!...
y ¡adios rey de los infieles!
pues al punto va Amadola
al destierro ó á la muerte;
Zila al trono que los fieros
almoravides le ofrecen;
y vos ó á dura mazmorra
donde el tirano os entierre,
ó á sus brazos aún manchados
del rey con sangre inocente.

ADELFA. Momentos de ánimo tengo
y otros mi valor fallece.

FERRARIO. Eso nó. ¿Pues puede un hombre
mas que todos? No encogerse.
En un credo que decimos
nosotros, todo se tuerce.
Dad licencia á vuestro esclavo,
—ya es ocasion, me parece,—
de que esa trama diabólica
á su manera él arregle;
y os juro por esta Vírgen (*Una que lleva ocul-
ta en el pecho*)

¡ó por Mahoma! que muerde
el polvo Zila; y despues
aunque Amadola me cuelgue.
Déjolo á Dios, que de todos
es padre.

ADELFA.

FERRARIO.

Sí; mas conviene
por lo de «Ayúdate y Dios
te ayudará» ser prudentes.
Lo primero, y por si el viento,
venga de donde viniere,
os fuere contrario ¿hay algo
que hacer por vos?

ADELFA.

Sí. ¿Tú tienes,
por si me fuese preciso,
seguro, escondido albergue?

FERRARIO.

Secreto como una tumba,
seguro, os lo fio.

ADELFA.

¿Temes
seguirme de aquí á distancia
el tiempo que me interese,
ó al castillo de mi padre,
ó más lejos?

FERRARIO.

Hoy es miércoles:
si lo que yo no presumo
el asalto sobreviene,
despues de él soy vuestro todo;
mas, si no, quien aun depende
de otro que vos, ha de hablarle.
Seré vuestro desde el viernes.

ADELFA.

Mas ¿ya sabes con ser mio
á cuánto te comprometes?

FERRARIO.

Quien á todo está dispuesto
¿para qué saberlo quiere?
De renegar no se trate,
que eso es lo que no se puede:
mas fuera de eso, pedid
que en un potro me atormenten

ó me corten la cabeza:
menudencias de esa especie,
por serviros, no hay cuidado
que me turben ni me arredren.

ADELFA. Adios, pues: contigo cuento.

FERRARIO. Bien podeis.

ADELFA. ¡Qué bueno eres!

ESCENA III.

FERRARIO.

Hablaré primero á Abarca;
mas no sé cómo lo idee.
Está todo tan guardado,
que hay que ser ave ó serpiente
para llegar á las tiendas;
pero cueste lo que cueste,
ello ha de ser: yo nada hago
sin que Abarca me lo apruebe.
Hácia aquí viene Amadola.
¡Y con ese infame viene!
¿Qué haces, lengua? ¿Hay mas que dar
aviso al rey? Lengua, tente:
á obrar aquí te han traído,
que el hablar es de mujeres.
Mas no perderé de vista,
no, ni de oído á ese hereje. (*Vase por el ángulo de la izquierda*).

ESCENA IV.

AMADOLA y ZILA.

ZILA. Fiarlo todo debemos
á nosotros; mas yo os juro
que aún en la ciudad nos sobran

hombres en la lidia duchos,
y armas que arrojar, y alfanges
en cuyos filos desnudos
ha de haber mas resistencia
que en las piedras de esos muros.
Si vos todo el ardimiento,
todo el valor que hay oculto,
no ya en los hombres de guerra,
pero en el pueblo aun mas rudo,
quereis avivar, bien puede
venir Alfonso: yo anuncio
que habeis de ver sus azconas
romperse en nuestros escudos.
Despues de vencerle, aliados
tendremos, yo os lo aseguro.

AMADOLA.

Lo sé: la suerte está echada
y ya todo lo aventuro:
él contra todos y todos
contra él. Importa mucho
proclamar la guerra santa,
seducir á los ilusos,
embravecer á los bravos,
remover el fondo oscuro
del populacho, poner
eso y aun mas, todo junto,
en la calle, en la mezquita,
en la plaza, en los reductos.

ZILA.

(*Aparte*). ¡Infeliz de tí! Con eso
tú me preparas el triunfo.
Así te quiero: de Alfonso
tú vencedor, y yo tuyo.

AMADOLA.

Mi palacio ya está á salvo:
intentar sería absurdo
nada contra él, pues Alfonso
se hallara en peligro sumo
entre estas torres, el Ebro,
la Aljafería y el muro.

ZILA. Decis bien. Por esta parte nada es posible.

AMADOLA. Yo subo á mi palacio á vestirme de mis armas; y te juro, á fé de Aben-Hud, que de ellas ya hasta ver no me desnudo, la cruz al pié de mi trono, ó al pié del trono mi túmulo.

ESCENA V.

ZILA.

En la ruina de Toledo
la nuestra asombrado estudio.
Bernardo allí, aquí Librana:
los dos con el mismo impulso,
los dos franceses y obispos,
los dos concitando al vulgo.
Allí del cadí de Bejar
sonando en terrible augurio
la muerte del islamismo;
y aquí mi acento robusto
diciendo su muerte al rey
en fatídicos anuncios.
¡Qué más alto puede hablar
el gran profeta á los suyos!
Mas aun Zila puede dar
á los creyentes el triunfo.
Primero Alfonso, despues
Amadola. Los dos juntos
que en vida fueron aliados
confúndanse en el sepulcro. (*Váse por la izquierda, primer término: Ferrario sale y le sigue con la vista, y cuando vuelve al centro de la escena es cuando divisa á Abarca encastrado en el muro*).

ESCENA VI.

FERRARIO y ABARCA.

FERRARIO. ¡Qué es aquello! Aun no se ven los dedos; mas en lo oscuro, ó yo he perdido del todo mis condiciones de buho, ó allá asoma y se remueve y tira á mortal un bulto. (*Se dirige á él*). No me gustan los fantasmas: baja si eres hombre, ó subo.

ABARCA. Ferrario, acá estamos todos. (*Se descuelga*).

FERRARIO. ¡Abarca! ¿Eres hombre ó brujo?—

ABARCA. Tengo ya perdido el tino y estoy en efecto loco. ¡Con mi pericia! Por poco me quedo ahora en el camino. Yo tenia algo de aquí, (*Señalando la frente*) pero ahora tan mal se hila... ¿Recuerdas tú cuando Zila casi mata al rey por mí? Desde entonces, pues, más topo me voy volviendo y más zurdo: fortuna que no me aturdo, y que ha de sudar el hopo quien mi plan ha de estorbar. ¿Pues qué fué?

FERRARIO.

ABARCA. Que yo creia que aun se ignoraba una via que yo hice abrir para entrar: mas, ya en la mina, salió un moro, y luego hasta tres, y luego mas... Ya tú ves: saben tanto como yo. Allí me ví sin remedio;

y á puro puñal, y á puro
correr hácia atrás, te juro
que evité que ellos de enmedio
me quitáran. Y á la fé!
que sintiera allí quedar:
me ha señalado un lugar
aquí Alfonso.

FERRARIO.

Yo no sé

cómo has tenido la audacia
de entrar aquí de rondón:
¡y digo, junto al torreón!

ABARCA.

Eso fué por obra y gracia
de una cosa que se nombra
necesidad. «A la Zuda»
dijo el rey. Pues ¿hay quién duda?
¿Quién de peligros se asombra?
Salí de aquel arcaduz
poco menos que sin piel,
y díjeme: «¿cómo á él
me presento?» Hago la cruz
y me encomiendo á Santiago:
avanzo, no de batalla,
cual reptil, y á la muralla
llegó y el muerto me hago.
Buscando por donde pueda
colarme, estoy al acecho;
y, ya largo y ya derecho,
y haciendo al muro la rueda,
veo aunque se ve muy poco,
oigo aunque no se oye nada,
y notando descuidada
esta parte, aquí me emboco.

FERRARIO.

Mas ¿si vieras al bajar
que era yo moro?

ABARCA.

Te abría.

FERRARIO.

¿Y si otros...

ABARCA.

¿Si yo moría

tiempo no habia de dar,
al matarme mi enemigo,
á que el silbato sonára,
y así á mi rey avisára
que no contase conmigo?
Si nos dijeran en todo
«niño, á obrar como Dios mande.»
Yo no sé si nada grande
haríamos de ese modo.

FERRARIO. Tambien yo tengo ese humor;
pero yo obro por mi cuenta;
mas el que al rey representa...

ABARCA. Debe ser *batallador*.

FERRARIO. En fin, ya pasó. Ahora quiero
saber á qué es tu venida.

ABARCA. Por si pierdo aquí la vida,
voy á nombrarte heredero.

FERRARIO. ¿Tienes de qué?

ABARCA. De mi empresa.

Pudiera yo á mi pesar
morir, y quiero endosar
mi comision, que interesa.
Es el caso que el rey trata
de dar por aquí el asalto
en persona: si yo falto
quizá se le desbarata.
Por qué contra ley prefiere
siendo el peor este punto,
no lo sé, ni lo pregunto:
es rey y hace lo que quiere.
Mas porque ello no se tuerza,
que el rey de todos responde,
él quiere saber en dónde
pone el pié; la maña es fuerza.
¿Vas pescando?

FERRARIO. No, por Dios.

ABARCA. Son dos lances y concluyo:

mio el uno , el otro suyo,
ó , mejor aún , de los dos.
El suyo entender que ya
Abarca se halla en su puesto,
y luego saber cuándo esto
á punto de asalto está.
El mio de su insolencia
castigar al moro Zila:

FERRARIO.

¡mientras él viva , tranquila
no puede estar mi conciencia!
Entiendo ; mas ¿no procuras
ocultarte ? Bien que ¿en dónde ?

ABARCA.

Un hombre solo se esconde
aun del muro en las junturas. (*Vase Ferrario
por la izquierda*).

ESCENA VII.

ABARCA, después ADELFA.

ABARCA.

No debe aquí de temerse,
que bata esta parte Alfonso,
cuando veo aquí desiertos,
adarves, torres y todo.

ADELFA.

(*Sale*). Desde el ajimez le he visto:
en lo audaz es él ; él solo.

ABARCA.

Lo primero es, pues, decirle,
que ya me tiene entre moros ;
y luego , mientras prepara
los tiros, busco y propongo
de parte de Alfonso á Adelfa
que huya de aquí... por él propio. (*Sube al tor-
reon*).

ADELFA.

¡A dónde va ! ¡Se ha empeñado
en morir ! Seré en su apoyo:
¿ qué fué salvarle dormido,
si ahora no le salvo loco ? (*Va hácia el torreón*).

Zila, que viene de la izquierda, la detiene; Abarca, que ha llegado á lo alto y se lleva á la boca un silbato, desiste cuando se percibe de la escena).

ESCENA VIII.

Dichos y ZILA.

- ZILA. Detente.
- ADELFA. (*Retrocede*). ¡Cielos! ¡Qué es esto!
¡Doquiera este hombre! Ya somos perdidos con él.
- ZILA. Escucha.
- ABARCA. ¡Adelfa! ¡Zila! Me espongo, si silbo, á que ella peligre, y á que él lo malogre todo.
- ZILA. Llego, por última vez, á tí, ingrata, á quien adoro: el amor que ahora te pido te le pido victorioso. Dí, que saber necesito, y has de decírmelo pronto, si me amas: ¿me amas? (*Imperiosamente*).
- ADELFA. (*Aparte*). Aun lucho cobarde con ese horóscopo: aún de que te maten tiemblo... por mi padre, por él solo. (*Transición*). Pero él me ha dicho que no. No: no te amo.
- ZILA. ¡Esto soporto!
¿Así mi furor te atreves á arrostrar?
- ADELFA. Todo lo arrostro.
- ADELFA. Daré voces: Amadola sabrá de tí: ya desoigo vanos agüeros y escucho

al corazón: ya recobro
aliento para acusarte
de vil traición: ya tengo ojos
para ver caer desplomado
al que asombraba coloso;
ya quiero que respiremos
sin tí, sin tu infamia todos. (*Se dirige hacia pa-
lacio: la detiene Zila*).

ZILA. ¿Qué vas á hacer, insensata?

ADELFA. A ver á Amadola corro.

ZILA. ¡Adelfa!

ADELFA. Ya no te doy
otro plazo yo tampoco. (*Da algunos pasos: Zila
corre y se interpone: luchan, y cuando Adelfa
no pueda resistir llama á Alfonso*).

ZILA. ¡Infeliz! Ese secreto
mata al que lo sabe.

ADELFA. ¡Monstruo!

¡á mí te atreves!

ZILA. Tú misma

lo has querido.

ADELFA. ¡Es horroroso!

¡Y sola aquí! (*Abarca acaba de apercibirse del
peligro, apunta un venablo, desiste, pero
oyendo la voz de Alfonso dispara: Zila se
desprende de Adelfa, retrocede, cae de rodi-
llas, se incorpora. Abarca baja rápidamente*).

ABARCA. Ya no hay tiempo

de bajar... y si á ella toco...

ZILA. ¿Qué resistencia me puedes
ofrecer?

ADELFA. ¡Ay! ¡Suelta! ¡Alfonso!

ABARCA. ¿Qué espero? ¡Que Dios lo guie!

ZILA. ¡Ay! ¡Herido!

ABARCA. ¡Gracias! (*Mirando al cielo: baja*)

ADELFA. ¡Cómo!

¡Me ha escuchado! Mas ¿qué he hecho?

- ZILA. Pero aún vivo , y fuerzas cobro. (*Va á lanzarse sobre Adelfa, y Abarca ase de él enérgicamente*).
- ABARCA. Traidor verdadero y falso
almogavar, muere pronto. (*Lo acorrala hasta salir con él de la escena por la derecha y se oyen fuera de ella*).
- ZILA. ¡Ay!
- ABARCA. A mi rey destinado,
te mata tu puñal propio.
- ZILA. ¡Ay! (*Grito de muerte: sale Abarca*).
- ADELFA. ¡Qué has hecho! De mi padre
quizá los verdugos somos.
- ABARCA. ¡Callad! Instrumento fuimos
del grande Dios, Dios de todos. (*Pausa: los dos pensativos: ella se dirige á palacio tristemente, y Abarca de pronto la detiene*).

ESCENA IX.

ADELFA y ABARCA.

- ABARCA. Adelfa , tú me has de oír.
No hay ya tiempo que perder.
De mí no sé qué va á ser,
Mas yo he venido á morir.
O de los tuyos á manos,
ó en estos muros envuelto,
ó combatiendo resuelto
con los primeros cristianos;
mi vida yengo á entregar,
que mi pátria me la pide :
justo es que de mí me olvide,
mas no te puedo olvidar.
Quien nunca imploró favor,
quien nunca al amor dió entrada,
hoy para el alma llagada
pide bálsamo de amor.

ADELFA. Há un momento héte debido
la existencia, que es lo menos:
la vida, ¿qué es entre buenos
si el honor ha padecido?
Mas tú has sido quien valiente
y cual ninguno leal,
cuando todos criminal,
me has aclamado inocente.
Mira si hallas recompensa,
y si puedo darla yo.

ABARCA. Harto me dices que no,
con solo dudarlo. Inmensa
es la pasión con que lucho;
pero no te he de obligar
á fingirme á tu pesar
amor, aunque te amo mucho.

ADELFA. Mereces por lo constante
verme rendida á tus piés.

ABARCA. ¡Ya sé que más fácil es
hacerte esclava que amante!
Cuanto puedes me concedes
aun tu misma esclavitud:
quizá ansía tu virtud
darme más, pero no puedes.
Adios, y Dios te perdone
como yo, que así me mates:
deja que en otros combates
á otra muerte me abandone. (*Hace que se va*).

ADELFA. No; yo te mando que no.
Vive, vive.

ABARCA. ¡Para qué!

ADELFA. ¿Para qué? Yo aun no lo sé...
pero quiero amarte yo.

ABARCA. ¿Es que aguardas á que en tí
de otro amor huella no quede?

ADELFA. En fuerza de amor, se puede
ahogar el amor aquí.

Cumplió de Alfonso á la gloria
quedar á solas con ella,
y yo que leí en su estrella
borréle... aun de la memoria.

ABARCA.

Tambien yo matar sabria
cual tú, Adelfa, mi pasion;
mas nuestras almas aun son
tales, que puedes ser mia.
Nada violento te pido:
déjame que aspire solo
el aire que tú, y me inmolo,
y está ya mi afan cumplido.
Dáme un lugar de tí cerca
y te sirvo como esclavo:
y si te mueven al cabo,
ya contigo menos terca,
mi silencio y mi porfía,
mi abnegacion y mi audacia,
mi ventura y mi desgracia,
mi dolor y mi alegría;
si en tí labra la razon
con golpe seguro y lento
lo que brota en un momento
al rayo de una ilusion;
y sin doblar la cerviz
me das de tu pecho parte,
diciendo «esto puedo amarte;»
ese amor me hará feliz.

ADELFA.

Quien esa alma enamorada
sabe dar á una mujer,
mi esclavo nunca ha de ser:
ha de ser señor, ó nada.
Yo quiero que cuando amanse
la guerra, y vuelva á mis brazos,
mi esposo, preso en los lazos
de mi cariño, descanse.
Que cuando lágrimas vierta,

que el mundo á todos arranca,
halle puerta siempre franca,
halle una alma siempre abierta.
Que pise alfombra de flores,
de espinas por mí desnudas,
flores que le digan mudas
mis penas y mis amores.
Que sepa cuando á deshora
le llame trompa guerrera,
que si triunfa hay quien le espera,
y si muere hay quien le llora.
Que halle siempre en mí la calma,
que espire en mí todo agravio,
que beba en mi ardiente lábio
el néctar que hay en mi alma.
Y quiero para mi amante
ser un Dios y una mujer,
ser la mitad de su sér,
y ser en mi amor gigante.

ABARCA. ¿Quién puede haber, si te oyó,
gentil maga, á quien no hechices?
Mas ¿qué haces que no me dices:
«Abarca, así te amo yo?»
Si algo amando merecí,
si no es esa alma de hielo,
ya que me pintas un cielo,
dí, por Dios, que es para mí.

ADELFA. Que nadie cual tú merece
cuanto soy, sábelo ya.

ABARCA. Mas puedo...

ADELFA. Despues quizá.

ABARCA. ¿Por qué no ahora?

ADELFA. Obedece. (*Váse*).

ESCENA X.

ABARCA.

Me sonroja dar á Alfonso

la señal : parece un crimen.
Mas forzosa es la obediencia :
para eso á la Zuda vine. (*Sube y toca un sil-
bato; baja y se sitúa hácia el ángulo de la
derecha, donde despues se oculta*).

Sereno estoy, en el riesgo
el corazon aun me asiste;
mas hoy por la vez primera
pensar en morir me aflige. (*Ruido de batir el
muro*).

Ya los fundíbulos silban,
y airada piedra despiden:
ya se oye gente : ya suenan
atambores y clarines.

Ocultarme necesito;
mas ¿dónde me haré invisible? (*Se oculta aun-
que reapareciendo alguna vez: van saliendo
soldados moros, y se ponen en el anden del
muro y á las máquinas: en la escena siguiente
suenan músicas mas ó menos lejanas. Todo
el movimiento á juicio del director de escena.*

ESCENA XXI.

Dichos, AMADOLA y soldados.

AMADOLA. ¡Qué es esto! ¿Por aquí Alfonso,
ébrio de orgullo, me embiste?
¡Brava arrogancia es la suya!
¡Por donde el muro es mas firme!
¡Por donde el Ebro le corta!
Ni en él esto se concibe.—
¡Ea! Las máquinas jueguen.
¡Ea! Las saetas silben. (*Se hace*).
Si avanzan aquí esas nubes,
que el huracan las disipe.
De ese muro no se baja

sino muertos.—Véte y sigue
lo largo de él, y que alerta
se pongan mis adalides. (*Váse un moro*).
Del Ebro á los dos castillos
vé tú dé presto, y que giren
hácia acá sus catapultas
hasta que oigan mis clarines. (*Váse otro: sale
Adelfa*).

ESCENA XII.

ADELFA y dichos.

AMADOLA. ¿Qué haces, Adelfa? ¿Te quiero
del riesgo que amaga libre,
y sales aquí imprudente,

ABARCA. ¿donde es fuerza que peligras?
A veros ganar laureles, (*A los soldados*)
sedienta de gloria, vine:
vine á aprender cómo luchan
mis generosos musulimes.

Cuanto amamos todo pende
de esos pechos varoniles:
la religion que nos premia,
la pátria que nos sonrío,
el trono que nos ampara,
el hogar que nos recibe.
Glorioso el que los defienda,
menguado el que los olvide. (*Arrecian los tiros*).

MORO. ¡Ya se acercan! (*Desde el torreón*).

AMADOLA.

A las torres
den señal los añafles. (*Dos árabes espalda con
espalda dirigiéndose el uno á la derecha y el
otro á la izquierda tocan añafles: Amadola
sube al torreón y ya no baja hasta la escena
última: se oyen golpes contra el muro*).

ADELFA.

Ahí los teneis. ¿Es preciso

que yo suba y os anime? (*Al dar un paso hácia la escalera del anden, cae parte del muro*).

AMADOLA. A la brecha los más bravos,
que el enemigo la embiste.

ADELFA. Blanco seré de sus iras,
pero muralla invencible. (*Mientras sube á un sillar cerca de la brecha, dice los siguientes versos*).

Peñas ahí con fuerte brazo,
saetas con pulso firme :
hasta el nido de las águilas
que no suban los reptiles.

¡A ese que á tantos alienta!—

¡Cayó! Dame : al que le sigue (*Pide á un moro una ballesta para dispararla*).

dejádmeme.

ALFONSO. ¡Zaragoza! (*Dentro con voz robusta*)

ADELEA. ¿Qué es de mí? (*Da un paso atrás y se apoya en el muro*).

ALFONSO. ¡Quién me resiste! (*Aparece Alfonso con bandera y espada y van entrando por la brecha almogavares, algunos templarios y caballeros del Salvador, y soldados, quienes quedarán distribuidos artísticamente en la escena*).

ESCENA ÚLTIMA.

ALFONSO y dichos. Despues ALPERCHE. Despues ALIATAR
y amotinados. Al fin URRACA y caballeros.

AMADOLA. ¡Alfonso vencedor en mi palacio!

ALFONSO. ¡Adelfa en el umbral de mi conquista!

AMADOLA. Todo me falta ; luz , aire y espacio ,
nada mio descubre ya mi vista.

¡Alfonso! Si su pié el rasgado muro

pudo salvar al fin con mengua mia,
entiende, que es mi corazon mas duro
y que á lucha mortal te desafia.
No así te quiero: quiero que prepares
incendio y destrucción, y que de modo
huelles torres, alcázares y altares,
que, si triunfas de mí, se pierda todo.
No te des á pensar que aquí te enredo
de una mujer entre los ténues hilos;
que has de habértelas áun con quien sin miedo
te pondrá de su alfange entre los filos:
y si piensas clavar esa bandera
donde esta al aire con honor tremola;
si aquí ha de hundirse la morisma entera,
con mi muerte ha de ser. Paso á Amadola.

*(Baja del torreón: y en tanto dice Alfonso á
sus caballeros los cuatro versos que siguen,
y á Amadola dirige los siguientes).*

ALFONSO. Ni espadas ha de haber ni cimitarras
cuando prueban los reyes su fortuna.
Dejadnos á los dos: luchen bizarras
mi roja cruz, su argétea media-luna.—
Aquí me tienes. Hízote la guerra
en tu alcázar real mi prisionero;
mas eres libre. Al conquistar tu tierra,
te la quiero ganar cual caballero. *(Luchan.*

Llega por la izquierda Alperche y suspenden).

ALPERCHE. ¡Victoria! La alcazaba que da á Oriente,
tras lucha breve pero á muerte, es mia;
y el muro ocupa la navarra gente,
del Arcángel guiada, al Mediodia.

ALFONSO. Doquier cese el combate y la venganza,
y que no consintais ni una vez sola:
si triunfa de Amadola la pujanza,
todos somos esclavos de Amadola. *(Se pone en
guardia: Amadola suelta el alfange).*

AMADOLA. Dios me abandona; y pues llegóme el plazo,

- yo me abriré á la muerte otro camino.
Ni el moro puede resistir tu brazo, (*Por Alfonso*).
ni luchar el mortal contra el destino.
- ALIATAR. ¡Vengad á Zila! ¡Atropelladlo todo!
Musulmanes, ¡Alfonso aquí sucumba! (*Viene de la izquierda seguido de muchos.*)
- ALFONSO. ¡Atrás! (*Poniéndose en defensa.*)
- AMADOLA. Si de venceros ya no hay modo,
abridnos á los dos la misma tumba. (*Ha recogido del suelo el alfange cuando los moros han invadido la escena, y ahora se traslada á la derecha junto á Alfonso para defenderle, y llama á los suyos, pero los dos pierden terreno.*)
- A mí, leales.
- ALFONSO. Luzcan los aceros.
- ALIATAR. En vano es resistir: todos sois míos.
- ALFONSO. Muramos bien.
- ALIATAR. ¡Traicion! (*Notando que los suyos se acorralan.*)
- URRACA. ¡Mis caballeros,
salvad á nuestro rey! — Todos rendíos. — (*Ha entrado de guerra con castellanos: los moros rebeldes se arrodillan: pausa: Urraca se dirige á Alfonso con humildad y sentimiento: Alperche iza la bandera, que el rey le da, en el torreón.*)
- Si esos brazos merezco, en ellos dáme algo de tu virtud y de tu gloria.
- ALFONSO. No hay cosa en mi victoria que más ame (*Abrazados*)
que partir con mi amor esta victoria. —
Négóme el cielo de mujer un hijo,
mas de la gloria diómele en Abarca.
Yo le hago caballero: yo le elijo
mujer que fuera honor para un monarca. (*En el primero de estos dos versos tiende la es-*

- pada, que todavía lleva desnuda, sobre Abarca; en el segundo se dirige á Adelfa).*
- AMADOLA. ¿Le amas? *(Tomando la mano de Adelfa).*
- ADELFA. Honor y vida ya le debo.
- AMADOLA. Tuya es, pues; mas... *(A Abarca, el cual, conociendo que Amadola desea no separarse de Adelfa, se apresura á contestarle y se le acerca).*
- ABARCA. Los dos á vuestro lado.
- ADELFA. A abrazarte cual padre ya me atrevo. *(A Adelfa, la cual se desprende de sus brazos y va como á refugiarse en los de Abarca).*
- ADELFA. Tenga premio tu afan enamorado.
- ALFONSO. ¡Saludad á la gloria vencedora!
¡Saludad á la gloria del vencido!
El nuevo sol que nace de esta aurora
del sepulcro de Cristo aquí ha venido.
- ABARCA. ¡Que viva el gran Alfonso!
- VARIOS. Viva!
- TODOS. Viva.
- ALFONSO. Urraca, hijos, hermano, ciudad santa,
tomad mi amor.—¡La cruz, ayer cautiva,
aquí madre de todos se levanta!

FIN DEL DRAMA.

Examinado este drama, no hay inconveniente en que su representacion se autorice.

Madrid 6 de Abril de 1867.

El censor de teatros,

41626662 Narciso S. Serra.

